



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

LIBRERIA
ELIZENE

17
B. P. A. G.
DE CULTURA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-4

Tabl.

1

N.º

28




JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ELIZENE
HIJA DE OSMAN,

GRAN SACERDOTE MAHOMETANO:

ANÉCDOTA HOTOMANA:

TRADUCIDA LIBREMENTE  ILUSTRADA
 CON NOTAS.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

FOR DON J. M. G.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLES.

1808.

EL TRADUCTOR.

Al emprender el trabajo de esta traducción, tuve por objeto presentar á mis lectores una anécdota de la historia otomana, de cuya sana y bien manejada moral, puedan sacar reglas de conducta con que conducirse en la vida social; persuadido que entre tantas traducciones de obras extranjeras de esta especie, como corren entre nosotros, hay muy pocas que mantengan un interes tan continuado como conserva la Elizene. Su autor tomó el ar-

IV

gumento en la historia del imperio turco, adornándolo con la variedad de la situación en que coloca los personajes de la acción, proponiéndose al mismo tiempo que pinta con vivos coloridos los caracteres del amor paternal y filial, dándonos dos preciosos modelos de él en Osman y su hija, hacer ver las fatales consecuencias que puede ocasionar á una familia, la frágil condescendencia de aquellos padres, que ó por efecto de un demasiado indiscreto amor, ó de puro abandono en los indispensables cuidados que exige la educación para con la inadvertencia de los hijos, les permiten correr desatinados tras sus

caprichosos deseos , que ordinariamente los encaminan , sin exámen , á lamentables precipicios. Con esta idea manifiesta á los sensibles corazones de la incauta juventud , unos ejemplos propios para hacerles venerar la virtud desgraciada , fortaleciéndose con ellos , y procurando huir de los infinitos escollos en que por lo comun tropieza una pasión desenfrenada , armándose de valerosa constancia para sufocarla ántes que su violencia tenga lugar de dominarlos.

A exemplo de otros varios libros , que con ménos motivo que este andan entre las manos de los jóvenes , con el objeto de

inclinarnos insensiblemente á la lectura, é instruirlos, al paso que los distraiga de estragados entretenimientos, me decidí á darles el que les presento, puesto en nuestro castellano, seguro de que hallarán en él lecciones que aprender en los infortunios que la obstinacion de Elizene causó á su padre y á ella misma, y de que con su conocimiento evitarán de caer en iguales desastres, grabando en sus corazones el interes con que el autor pinta todos los pasages de la accion, para que les sirva de suave freno, y que siempre presente en su memoria los contenga y rectifique sus acciones.

Convencido de que una tra-

duccion literal debe ser con precision sumamente defectuosa, me propuse hacerla enteramente libre, usando de la misma libertad que dió el autor á su imaginacion, para adornar con todas las gracias de que es susceptible el pasage que tomó de la historia Otomana, extendiéndome en muchos de los lances, de su bien urdida trama, que la concision de la lengua francesa dexa muy oscuros, dándoles por este medio mas claridad, sin apartarme del intento; me lisongeo que este corto trabajo servirá de amigable reprehension, tanto á los padres de familias, demasiado fáciles en dexarse persuadir, como de es-

VIII

carimiento á los hijos voluntariosos que abusan del cariño de quien los quiere dirigir por el camino de la recta razon , sin atender á mas que á satisfacer sus inconsiderados antojos.

Nadie ignora que el espíritu de libertad, que por una fatalidad del destino de la Francia, se toleró en sus imprentas y escritores, fué el origen de los horriblos desórdenes que hicieron en nuestros dias correr tantos arroyos de sangre humana, en las tristes escenas que en las calles de todos sus pueblos presenciaron sus habitantes; queriendo yo apartar de la vista de mis compatriotas semejantes escandalos, y deseoso de conservar

las buenas costumbres que caracterizan mi nacion , no quise seguir la licencia que se toma el autor en la conclusión de la accion ; y valiéndome del derecho que me da una obra que , aunque sacada de la verdad de la historia , se puede graduar por de pura imaginacion , la varíó enteramente , dándole un fin mas acomodado á nuestro juicioso modo de pensar , sin hacerla por eso ménos interesante , ni desviarme de la máxima que me propuse de no ofender los delicados é inocentes oídos de la juventud , presentándoles las sangrientas y sediciosas disensiones tumultuarias , que de continuo agitan los infelices pueblos

X.

mahometanos, en que se desliza el autor; yo, al contrario, le doy una conclusion, que se puede decir original, que en nada desfigura la narracion, y se conforma mejor con nuestras sanas ideas de religion y patriotismo.

Como la obra no es de aquellas científicas que se destinan á andar entre las manos de sujetos de profunda literatura, me pareció del caso ilustrarla con notas que expliquen algunos usos de los Turcos, desconocidos generalmente entre nosotros, que pueden pasar en silencio aquellos á quienes puedan parecer impertinentes.



CONSEJERÍA DE CULTURA

ELIZENE,

HIJA DE OSMAN.

Anécdota otomana.

La estación en que se manifiesta la naturaleza mas risueña y apacible á la atenta vista del hombre que la observa es el mes de Abril: en él celebra con mucho júbilo el pueblo de Constantinopla (1) la anual fiesta

I

(1) Constantinopla es una ciudad de las mas populosas de Europa, fundada en su extremidad por el gran Constantino, primer Emperador cristiano, en el sitio que estuvo la antigua Bisancio, á la embocadura del estrecho que une el mar de Mar-
marra con el mar Negro, ó Ponto Eusino,

de los Tulipanes (1). Para so-

que se llama el Bósforo de Tracia: por la belleza de su situación local, que parece convidarla con el dominio de la Europa y del Asia, la eligió su fundador, dándole su mismo nombre, para silla de su imperio, con preferencia á Roma. Ganáronla los Turcos á sus sucesores en el año de 1453, y la hicieron, como es en el día, capital de sus bastos dominios, y residencia de sus Sultanes. La comodidad y anchura de su puerto, muy capaz, y en proporción para las especulaciones mercantiles del levante, llama á él la concurrencia de las embarcaciones de todas las naciones con quien no están los turcos en guerra: los cristianos no pueden vivir en la ciudad; pero sí pueden establecerse en los arrabales, en donde acuden tantos comerciantes extranjeros, que su aduana parece un continuado mercado muy lucrativo, en especial con las mercaderías del oriente.

(1) El cultivo de las flores, á que son

lemnizar esta ceremonia se adorna el serrallo del Gran Señor con toda la obstentacion y luxo propio de los orientales, brillando por todas partes la magnificencia de las bellezas de la naturaleza y del arte, que se reunen todas para disputarse entre sí la preferencia de quien mas puede sobresalir en esmero para conseguir el triunfo de deleytar mas la vista de su Alteza: En uno de los patios del serra-

... ..

muy inclinados los turcos, es para ellos una función que celebran todos los años con mucha solemnidad por el mes de Abril. El Tulipan gozã entre ellos de particular aprecio, contando por mucho obsequio el regalo de una de estas flores, que miran con honores de divinidad.

llo nuevo (1), se forma un gran-

(1) El serrallo del Gran Señor es un magnífico palacio que se compone de otros muchos, todos ellos adornados con mucha profusion: tienen grandes jardines y paseos espaciosos: en todos tiene comunicacion el Sultan, con comodidad de observar por todas partes, sin ser visto de nadie, por medio de celusias. En lo principal de todo este soberbio edificio, que es lo que llaman *Serrallo nuevo*, está el *Divan*, que es lo que nosotros llamamos consejo, y todas las demas oficinas del gobierno y ministerios del Imperio. En el mas inmediato á la habitacion del Sultan, estan las concubinas favoritas, y en otra separacion del mismo habita el resto de las demas mugeres, que algunas veces llegan á tres mil. En el que sigue estan las sultanas, hermanas, y demas parientas del Gran Señor; estas salen á paseo, y á recrearse algunas veces fuera de la ciudad, á la casa de campo de algun particular, que consigue este honor en

de circo, cerrado con extensas galerías construidas de ricas maderas de Rodas, con torres y pirámides de trecho en trecho, fabricadas con toda la exactitud que presta el compás del arquitecto, y el cincel del escultor. No se olvida la encantadora pin-

prueba del afecto con que lo distingue el Emperador. En el mas retirado de toda comunicación, que es lo que se llama *Serrallo viejo*, estan las sultanas y concubinas viudas del anterior Sultan, de donde no salen sino es para casarse, que entónces les permite el Gran Señor pasar á otro dominio. En este manda retirar todas las mugeres de quien se cansa el Sultan, ó que cometiéron alguna falta que merezca castigo. No se permite entrar en las habitaciones de las mugeres á ningun hombre, sino á los eunucos que las guardan.

tura de manifestar los varios hechizos de sus hermosos coloridos para adornar con magestad el aparato de la función. Desde el suelo hasta la altura de diez varas, se levanta un anfiteatro formado de gradas que dexan cerradas las galerías, las torres y pirámides; todas ellas están cubiertas de tiestos con matas de tulipanes, interpolados con botellas de cristal llenas de flores cortadas de las mismas matas, con el tallo muy largo. Se ilumina la gradería, con una infinidad de bugías colocadas en arañas igualmente de cristal, que forman simetría, con los tiestos y botellas. Guarnécese la grada superior, con muchas pompas

de vidrio, llenas de líquidos de varios colores, para que sirvan de reverberos al incierto movimiento de las luces. Muchos coros de canarios, encerrados en jaulas doradas con primor, embelesan el oído, con la suave melodía de sus armoniosos trinos. En el medio del circo se coloca una magnífica tienda, cubierta con colgaduras verdes en forma de pabellón, con preciosos y ricos sofás, guarnecidos de almohadones bordados, destinados al reposo de la delicada persona de su Alteza. A los dos lados de la tienda se arriman dos mesas de pórfito, para colocar en ellas los magníficos regalos que los Ba-

jaes (1) vienen á ofrecer al Gran Señor. Salen todas las mugeres de los quartos del serrallo, y se esparcen por el ançho circo, pro-

(1) Los Bajaes son los grandes del imperio turco; pero esta dignidad de grandeza no se hereda ni se compra, solo se adquiere por grados, á que se va ascendiendo en los servicios militares. Quando alguno de estos se llega á hacer sospechoso al Gran Señor por sus muchas riquezas, lo manda quitar la vida, ó lo casa con alguna de las sultanas sus parientas, á quien nada puede negar, y lo arruina con la opulencia que exige para mantenerse. Los principales son quatro: *el Gran Visir*, ó Ministro de estado. *El Cuimacan* ó Gobernador de Constantinopla. *El capitán Baxá*, ó Almirante de las armadas navales. Y *el Axá de los Genzaros*, ó Comandante general de infanteria. Los demas son los Gobernadores de las provincias.

curando cada qual adornar su hermosura con el mayor cuidado, para presentarse mas airosa. La ribalidad con que se miran unas á otras las obliga á que con mas empeño hagan valer todos los recursos de las respectivas gracias que cada una posee, para ganarse el corazon de su Soberano; procurando buscar todos los ardides imaginables, con bailes y conciertos de música y de voces, capaces de mover la estúpida indolencia de un Príncipe que fastidiado de los placeres, está comunmente insensible á los alhagos de la sola hermosura.

Ocupaba el trono de Constantinopla el incapaz é indo-

lente Ibraib (1), que despues de haber sufrido seis años de rigu-

(1) Anurates IV. de este nombre, Emperador de los turcos, hermano de Ibrain, é hijo de la misma madre, tuvo la extravagante manía, viendo que se le morian todos sus hijos de tierna edad, de querer ser el último Príncipe de la familia otomana que reinase en Constantinopla. Con esta ridicula idea mandó dar la muerte á todos sus hermanos, siguiendo la bárbara costumbre de los Emperadores otomanos; pero su madre Axiana, deseosa de conservar la dignidad de Reyna madre, en la vida de su segundo hijo, hizo creer á Anurates que su hermano Ibrain era demente, y por consiguiente incapaz de ocupar el trono; con este ardid lo libertó de la cruel sentencia, libertándole la vida, contentándose el tirano con hacerlo encerrar en una prision perpetua, en donde estuvo hasta que la muerte de su hermano, y las intrigas de su madre lo sacaron para el trono.

rosa prision, fué sacado de ella, por las intrigas de su madre Axiana, para colocarlo en el solio. El espíritu, indiferente, de este Príncipe, solo se ocupaba en sus placeres, sin atender á la felicidad del vasto imperio que gobernaba, y cuyas riendas se le habian confiado á su cuidado. Adormecido en los brazos de una favorita, si alguna vez despertaba, era solo para buscar un nuevo objeto á su amor, y volver á recaer en mas profundo letargo. La astuta y ambiciosa Axiana, léjos de distraer á su hijo, y apartarlo de este enagenamiento, empleaba toda su política para tenerlo mas sepultado en tan vergon-

zosa inaccion ; por cuyo medio afianzaba su poder, consiguiendo que sin embargo de ser súbdita en el nombre , se hiciese respetar como verdadera soberana , disponiendo á su antojo del tesoro del Imperio como de los destinos mas brillantes; y que los Bajaes ganados, unos por sus beneficios , y otros por el temor de no disgustarla, se postrasen á prodigar inciensos á los pies de una muger.

Así estaba gobernado el Imperio Otomano , quando la hija del Gefe de la Religion (1) , la

(1) El gefe de la Religion mahometana es una dignidad de mucha veneracion entre los turcos, llámanle el *Mufti*, que equivale á Gran Sacerdote ; nómbialo el

jóven Elizene , deseosa de satisfacer una curiosidad muy comun en las personas de su edad y sexò , pidió encarecidamente á su padre que la llevase á ver la iluminacion de los Tulipanes en el serrallo. Inmediatamente conoció Osman , que así se lla-

Gran Señor ; su suprema autoridad consiste en tener su residencia en la capital del imperio. Tiene entrada franca en el serrallo. Es el único á quien recibe el Sultan en pie, y al que por privilegio está permitido besar el hombro izquierdo de su Alteza. Consulta con él el Emperador los negocios mas graves del estado y la religion ; y si alguna vez no se conforma su dictámen con el del Sultan , y quiere éste deponerlo de su dignidad , no puede hacerlo , si ántes no la renuncia el Mufti ; es la única persona con quien necesitan los Sultanes manejarse con mas precaucion.

maba el Mufti, el riesgo á que se exponia su hija, presentándose á la vista del desenfrenado Ibrain; reprehende el imprudente deseo de Elizene, proponiéndose no satisfacerlo jamás. No fué bastante la firmeza de esta negativa, para que la hermosa doncella perdiera la esperanza de lograr su súplica. Conocia muy bien con quanta ternura la amaba su padre, en quien duraba todavia el amargo llanto que cada dia tributaba á la memoria de su esposa, y muchos hijos que le habia arrebatado la muerte algunos años antes; no quedándole mas prenda, de una dilatada familia (que sentada á su mesa, formaba en

ótro tiempo todas sus delicias) que la única Elizene, para consuelo de sus cansados dias. Ella sola era el objeto de todos los cariñosos afectos de su paternal corazon. La continua aplicacion con que Elizene se entregaba al cuidado de adivinar todo lo que fuese capaz de complacer los deseos del respetable anciano, la hacia digna acreedora de la estimacion con que la amaba su padre; motivo para que la mirasen en todo el Imperio, como el modelo mas perfecto de hijos virtuosos, así como lo era Osman de los amantes padres. Estuvo por algunos dias pidiéndole Elizene con repetidas instancias el permiso de ver la fun

cion, hasta que por fin supo emplear tan oportunamente todo el poder que la fuerza de la amistad la daba sobre el corazón del autor de su existencia, que consiguió vencerlo, y que la ofreciese llevarla á la fiesta del serrallo, como lo cumplió, por su desgracia al dia siguiente.

Retozaba por todo el circo el crecido enxambre de las concubinas, y el estúpido Ibrain, que reposaba su ociosidad, recostado entre ellas, miraba los bayles, y oía los conciertos sin ver ni oír los obsequios que tantas hermosuras reunidas le prodigaban, quando de repente se fixaron sus distraídos ojos en la belleza de Elizene, que acom-

pañada de su padre, se paseaba por la galería opuesta á la tienda Imperial. Sorprehendido y prendado quedó el Sultan al ver tanta hermosura, pareciéndole la mas perfecta de quantas en su vida habia visto. Obsérvóla atentamente por largo espacio; y mientras que sus insaciabiles ojos parecian querer devorarla con la fuerza de sus miradas: las concubinas que eran testigos de la conmocion que alteraba su semblante, no tardaron en adivinar la causa que la ocasionaba. Cada una de por sí, exámina sus gracias, para compararlas con las de Elijzene; pero todas manifiestan en la triste palidez de que se cu-

bren sus rostros, lo avergonzadas que quedan del cotejo. Las que conservaban algun resto de dominio sobre el corazon del Sultan, preveian la entera pérdida de su autoridad, en el momento que tuviesen una competidora tan formidable. Aumentáronse mas sus temores luego que supiéron que despues de haberse informado su Alteza, con mucho cuidado, del nombre y origen de la hermosa jóven, habia mandado á un page que llamase á Osman.

Recibió en efecto el venerable anciano la órden del Sultan, y ninguna duda le quedó de la desgracia que su corazon habia previsto: vuélvese hácia

Elizene, y la dice lleno de sobresaltados temblores: Ya, hija mia, se verificó el cruel golpe que justamente temia mi alma: tu imprudencia, y mi condescendencia nos han perdido: el Gran Señor me llama; sin duda para mandarme que te entregue yo mismo en brazos de su amor. ¡Ah, hija mia! ¿Será posible que me obligue á perderte para siempre? ¿Me verá acaso en la dura precision de renunciar al único consuelo que en tí me habia quedado para alivio de mi vejez cansada? ¡Ah! no, no. Prefiero morir, ántes que consentir que me aparten de tí un solo instante. Retírate entre tanto, sin perder un mo-

mento , mientras que yo voy á presentarme á lbrain, y procuraré , si es posible, disipar el cúmulo de males que nos amenaza.

Empezó entónces Elizene (pero ya muy tarde) á arrepentirse de la victoria que su obstinacion habia conseguido de la sábia prevencion de Osman. ; Oh imprudente ! se decia á sí misma, yo desprecié los acertados documentos de mi buen padre , no dando oidos mas que á la voz de mi temeraria curiosidad. ; Oh y qué cara me puede costar esta falta tan indiscreta ! ; Santo Profeta Mahoma ! (1) compadécete de

(1) Mahoma fué un hombre , que siendo simple mercader , se casó con una viuda

mis tiernos años, y aparta de

muy rica que le habia recibido por mayordomo suyo; estuvo maquinando en su idea mucho tiempo el modo de establecer un grande imperio: conociendo que el medio mas seguro para efectuarlo, era valerse de la religion, empezó á anunciarse como un profeta enviado del cielo para enseñar la santa ley de Dios, fingiendo recibir en revelacion la doctrina que tenia encargo de predicar. Consiguió su empeño, con el auxilio de las riquezas de su muger, que le sirviéron para levantar tropas que protegiesen con las armas lo que queria persuadir á los pueblos con su voz. Convirtió la primera á su muger, y á otros pocos que le siguiéron, creyendo que le baxaban del cielo los papeles que contenian los falsos preceptos que sirviéron para componer el alcoran, que es el libro sagrado de los musulmanes, que se extienden hasta en las tres partes del mundo. Prohibió á sus sequeñaces el disputar sobre su doctrina con los

ellos la desgracia que mi alma está temiendo. Así agitada, con la incertidumbre de su suerte, se retiró presurosa á la casa paterna; miéntras que Osman llega á la presencia de su Alteza, disfrazando baxo el velo de una noble firmeza, la cruel alteracion que interiormente le atormentaba; póstrase á los pies del Sultan (1), que le manda

extrangeros, no siendo con las armas en la mano. De tan débiles y falsos principios, se hizo un Rey poderoso de la Arabia, sin renunciar al supremo ministerio de intérprete de las voluntades del Señor que lo habia elegido por su Profeta, y como á tal veneran su memoria los que siguen su falsa ley, creyéndolo medianero entre la divinidad y los hombres.

(1) Al Emperador de los Turcos se le

levantarse: llámalo aparte , y le confiesa la violenta pasion que la vista de su hija acababa de levantar en su pecho. ¿ Cómo podia yo creer , le dice,

dan los títulos de gran Señor, gran Turco y gran Sultan. Es costumbre de la bárbara política de aquel imperio, que al subir al trono un nuevo Soberano, mande sin misericordia quitar la vida á todos sus hermanos varones. Trata á sus vasallos con tan despótico dominio, que es señor de vidas, honras y haciendas. Nadie puede nombrar herederos de sus bienes, ni aun á sus propios hijos, sin su permiso, que suele darlo, reservándose una parte de la herencia. Su absoluta voluntad es la única ley que gobierna todos sus vastos dominios; pero á pesar del despotismo con que manda, siempre está expuesto á pasar del trono al cadalso, ó á estrecha prision, especialmente por los Genizaros, que suelen hacerlo con corto motivo.

que se hallaba en mis dominios un portento tan raro de belleza, y que tú la ocultabas á mis ojos? ; Quando la Europa y el Asia se desvelan á competencia por complacer mis deseos, Osman posee el mas inestimable tesoro que en ellas se puede encontrar, y lo oculta cauteloso á su Señor! Cese este injusto proceder de tu parte desde hoy mismo: sal, y vuelve al momento, á entregar tu hija en manos de tu Emperador. Regocijaos, y daos el parabien uno á otro de la distinguida clase que la destino, pues quiero desde ahora elevarla á la dignidad de primera Sultana (1).

(1) La dignidad de primera Sultana,

¿Qué podrá responder el prudente anciano, al precepto de un Señor poderoso? ¿Cederá su hija? Su paternal ternura no puede resolverse á tan doloroso sacrificio; porque el día que la pierda, será para él el último de su vida: además que la elevacion de su hija solo serviria de nuevo motivo,

que equivale á Emperadora, está reservada para la favorita que da á luz el primer hijo varon que ha de suceder en el trono á su padre. En el momento que pare se la pasa del quarto que ocupaba como concubina, al que con mucho aparato está destinado para esta clase. Entra á tener parte en el gobierno como Soberana, con los mismos honores que el Sultan, con entero dominio sobre todas las demas mugeres del serrallo.

para que el Sultan acreditase mas su acostumbrada inconstancia, siendo así que por lo comun desprecia la mas querida favorita luego que triunfa de ella: por otra parte, tambien compromete Ibrain su poder, por tener condecorada á la Circasiana Almazonta, con la dignidad que ofrece á Elizene, desde que le habia dado á luz el hijo que ha de sucederle. ¿ Puede Osman negar su hija á los deseos de su Soberano? ¿ Ignora acaso que el Sultan está revestido de un poder despótico, y que no hay quien le pueda resistir, ni oponerse á su absoluta voluntad? Qualquiera tropelia teme que se execute con

él y con su hija , por las órdenes de un tirano, que se abandona ciegamente á la violencia de una pasion que no quiere vencer en los principios con la razon.

En esta apurada situacion, no abandonó á Osman su acostumbrada prudencia, y para disimular con mas reserva el dolor que despedazaba su corazon, tomó su ordinaria serenidad, y respondió al Sultán en estos términos. Vuestra Alteza, Señor, honra con exceso á mi hija y á su anciano padre. ¿Es posible que las frágiles y débiles gracias con que el cielo la ha dotado, sean capaces de merecer el agrado de vuestros ojos, para cauti-

var á sí vuestro corazón? ¿Quándo se hubiera ella creído digna del alto honor que la concede su Soberano? Voy, Señor, á darla esta agradable nueva de su triunfo, y á disponerla para recibir la fortuna que vuestra Alteza la prepara. Este colmo de felicidad sin duda la sorprenderá; y es muy regular que su natural timidez necesite que se le infunda cierto valor por medio de la persuasión, para que no la desanime el respeto debido á vuestra Alteza, al verse en presencia de su Señor. ¿Quién sabe si el amor que siempre mostró por su libertad, le hará mirar con alguna repugnancia la esclavitud del serrallo? Es muy re-

gular, Señor, que la viveza y alegría de su carácter la haga temer en los principios las molestas tristezas anexas á la soledad; pero sin embargo, voy á exhortarla á que corresponda con los deseos de su Emperador. No omitiré ninguno de quantos medios esten en mi poder, capaces de vencer su repugnancia; pero si mi desgraciada suerte permitiese que no sea suficiente mi influencia, para determinarla á que abraze su deber, espero que la equidad de vuestra Alteza no me lo cargue como delito voluntario. Suplico, Señor, con la sumision que deba á vuestra Alteza, no exija de mí, que emplee la violenta autoridad de

padre para obligarla, porque el don de un corazón es mucho más lisongero, cuando se obtiene por el libre influxo de la inclinación, que por la fuerza de una obediencia violenta.

Muy satisfecho quedó el Sultán con la discreta y prudente respuesta del Mufti; ya se imaginaba que tenía en su poder á la bella Elizene; y con esta lisongera esperanza, sintió renacer en su corazón la ardiente llama de su amor, que le hacía hallar nuevos placeres en la conservación de la vida.

Libre el venerable anciano de la penosa opresión con que había estado en presencia de su Señor, sale del serrallo, todo en

tregado á la fuerza de un doloroso sentimiento, tanto mas amargo, quanto habia estado sofocado y oprimido todo el largo tiempo que el respeto del Sultan le habia obligado á tener oculto. Entra en su palacio con los ojos bañados en lágrimas de amargura: y la infeliz Elizene, que en él lo esperaba, agitada de mortales inquietudes, lo mira, y en el doloroso abatimiento que en su rostro observa, no le miente su palpitante corazón, que le anuncia con sus acelerados latidos, la causa de donde nace; mas sin embargo, no se atreve á preguntarla al afligido anciano. Guarda Osman por su parte algunos ins-

tantes de triste y melancólico silencio, conoce la sensibilidad de Elizene, y no dudando del arrepentimiento de su virtuosa hija, teme que la acometa algun insulto con el exceso del sentimiento que la ha de penetrar al oír la embaxada que la trae. Por fin, fixa Elizene sus tristes y húmedos ojos en su padre, y con una tímida voz, interrumpida de sollozos y suspiros, le dice. Ya conozco, ó Padre mio, que es cierta y verdadera la desgracia de que vuestros prudentes documentos quisieron libertarme; Bien merecida me está, ó querido padre! esta cruel pena de nuestros repetidos males, pues que mi temeri-

dad, no supo aprovecharse de las acertadas prevenciones que vuestra penetracion y larga experiencia me dictaba. Sí, querida hija, la responde con lágrimas Osman: estoy inmediato al momento de perderte para siempre; y tú, hija mía, eres la.... Pero ¿qué digo? Perdoname, que no es mi ánimo, ni estamos en el caso de aumentar mas tu afliccion. El Sultán, prendado de tus funestas gracias, te llama con ardientes deseos á estrecharte entre sus brazos, y acaba de ordenarme que yo mismo sea el que á ellos te conduzca.—¿Y habeis podido resolveros á ofrecérselo, respondió Elizene con precipitacion?

Antes consentiré sufrir la mas indigente miseria y aun la misma muerte que resignarme á vivir separada de vuestro lado. ¿Cómo es posible que pueda decidirme á dexar de contemplar esta augusta frente, donde resplandece la misma bondad paternal? ¿Cómo es posible que me determine á no escuchar los dulces sonidos de esa respetable voz, que tan saludables máximas derrama en mi alma? ¡Privarme de besar estas venerables manos que tantos cuidados prodigaron á mi débil infancia! ¡Ah! No padre mio: juro por todo lo que tengo de mas aprecio en el mundo; por vuestra misma cabeza: juro de recibir

antes la muerte que consentir separarme un solo instante de los amantes brazos paternos. ¡ Ah! ¿Quién cuidaría entonces de esos avanzados días, para mí tan apreciables? ¿Qué mano benéfica se emplearía entonces en enjugar las lágrimas que derraman esos ojos cada día, á la memoria de vuestra esposa y mi querida madre? No, yo no puedo ni debo abandonar de ese modo vuestra delicada y venerable edad. La muerte sola será capaz de apartarme del lado de mi querido padre.—No te aflijas, hija mia, respondió Osman, que estoy premeditando el medio de no perderte ni separarnos: renuncio con gusto mi dignidad,

mis amigos, mis riquezas; y á Constantinopla como pueda conseguir escaparme contigo: me resignaré, aun quando me fuere forzoso sepultarme en las entrañas del mas solitario desierto: mas grato me será vivir al lado de mi hija, en la mas ignorada obscuridad, y confundido en el seno de la suma indigencia, que gozar sin ella las delicias de una opulenta dignidad. Voy á disponer lo necesario para nuestra pronta partida; y quiera el cielo que tome tan bien mis medidas, que no llegue su noticia á oídos de Ibrain. Se que se está alistando una fragata extranjera, y debe salir mañana á pasar el Bosforo; habla-

ré á su capitan , que es un Español , para que nos lleve de pasajeros: me descubriré á él , porque estoy seguro que la nobleza y generosidad del carácter de aquella nacion , jamas negó el socorro á la desgraciada inocencia oprimida : estoy firmemente persuadido que nos recogerá amigablemente para poder huir léjos de Constantino-
 pla , á olvidarnos del incapaz déspota que la afrenta.

Este proyecto , que el temor de perder su hija inspiró al anciano , redobló el triste dolor de Elizene , que no ve en él mas que el horror de la terrible situacion á que , por su causa , quiere sujetarse el autor de su

existencia: estremécese su corazón al contemplarlo. Procura buscar con su rápida imaginación, un medio ménos doloroso para librarse del peligro que tan aceleradamente les apura: entrégase á una profunda meditación, y sale de ella á pocos momentos, hablando á su padre en estos términos: Padre mio, me acuerdo haberos oído decir varias veces, que Axiana tiene un dominio absoluto sobre el corazón de su hijo, del que se valió en muchas ocasiones para hacer sofocar en su pecho el fuego que empezaba á encender alguna nueva pasión. Nadie ignora que os conserva un aprecio particular y distinguida es-

timación; porque su justo re-
 conocimiento no la permite ol-
 vidarse que debe la elevación
 de su hijo al trono del Imperio,
 á la suprema autoridad que
 exerceis. No se la oculta que si
 no hubiera sido por la eficacia
 de los poderosos auxilios que
 en su favor supisteis manejar,
 todavia estaria gimiendo Ibrañ
 en los horrorosos senos de su
 prision; y su ambiciosa madre,
 sin honor ni autoridad alguna,
 se veria confundida en las tris-
 tezas del retiro, en el serrallo
 viejo. Esto supuesto, pongámo-
 nos en sus manos, implorémos
 su influxo, á que tome por no-
 sotros el interes que en otras
 ocasiones abrazó con buen exito

to, por personas en quien no concurrían iguales circunstancias. Su misma ambicion será tambien movil poderoso para empeñarla en nuestro favor; porque sabemos quantos cuidados la acometen, quando cree que los nuevos amores de Ibrain, la pueden dar una competidora de su autoridad en el gobierno del Imperio; y que los zelos que la ocasiona el temor de perder las riendas de su dominio, la devoran las extrañas, obligándola á manejarse con intrepidez y sagacidad, para apartar de entre las muchas mugeres que presentan á su hijo sus esclavos, aquellas que su vigilancia juzga por sus bellezas, ca-

paces de infundirla inquietudes en su poder. El cielo, segun dicen, me adornó con algunas perfecciones suficientes á avivar los acostumbrados rezelos que mortifican los desvelos de Axiana, para que con mas ahinco procure apartarme del lado del Sultan. Habladla, Señor, á este efecto; y pongamos en manos de la divina providencia la suerte de Elizene. ¿Quién sabe si la misma hermosura que fué causa de nuestros tormentos, será tambien el remedio que nos restituya nuestro sosiego y tranquilidad?

Sorprehendido quedó el anciano al oír la prudente ocurrencia de su hija; no podia aca-

bar de comprehendêr como Eli-
zene , en tan corta edad , y
quando acababa de cometer un
desacierto de tanta conseqüen-
cia , hubiese atinado con un re-
curso tan á propósito para en-
mendarlo , y la dice: con harto
dolor mio , hija querida , me re-
signaba á abrazar el partido de
un eterno destierro ; pero con-
vencido é ilustrado con tu dis-
curso , me rindo sin mas de-
tenerme al mejor acuerdo : me
parece muy acertado recurrir
á la mediacion de la Sultana ; y
podemos prometernos que ella,
despues de Dios , nos volverá
la serenidad de que su hijo quie-
re privarnos.

Entregados estaban ambos á

la misma ilusion que les causaba el recíproco contento, con la próxima esperanza de mejorar su suerte, quando una esclava de Axiana se presenta á Osman con un recado de su ama, en el que le ordena vaya inmediatamente al palacio Imperial para consultarle en un negocio de suma importancia y urgencia. Abraza el Pontífice á su hija; y la inquietud en que la mira, parece aumentar nuevos quilates á la paternal ternura con que la ama; y precisado á presentarse á las órdenes de la Sultana, se aparta con sentimiento de una hija tan querida.

No ignoraba la Sultana nin-

gundo de quantos pasos daba su hijo: porque ¿quándo duermen los ojos de la ambicion? Por medio de uno de los emisarios que pagaba para observar los movimientos de Ibrain, tenia ya noticia de la conferencia que el Gran Sacerdote acababa de tener con su Alteza: habíala informado el mismo del nuevo amor del Sultan y de la respuesta que á él habia dado el Pontífice. Penetróla de justo sobresalto el maravilloso conjunto de la belleza de Elizene, considerando en la elevacion de la hermosa doncella su inmediata é inevitable ruina. Con la idea de precaverla, mandó llamar al Mufti para inquirir con

cautela el modo de pensar de su corazón en este asunto. La destreza con que sabía dominar sus sentimientos la daba facilidad de conseguir que nadie penetrase las interiores inquietudes que la atormentaban en estos casos. Muéstrase con esta artificiosa compostura, al presentársele Osman, con tan sereno y tranquilo semblante como el de una tierna amiga, que para desahogar su corazón, busca con ansia el pecho de la amiga. Al verlo entrar en su aposento, se adelanta á recibirlo, diciéndole : ¿ con que ya se puede dar la enhorabuena del merecido premio que consiguieron los méritos de Elizene? en

efecto, su fortuna y su victoria estan ya decididas, pues se mira exáltada á la elevada clase de primera Sultana: sea mil veces enhorabuena. Realmente, la hacen digna acreedora de tan alto honor y distincion sus recomendables gracias y virtudes. Te he llamado para manifestarte el júbilo que me causa esta noticia. Sin embargo, como sé que Elizene es todo tu consuelo, y que el cariño con que la amas, está citado en todo el Imperio como el modelo mas perfecto del amor paternal, no puedo acabar de comprender cómo tan pronto te has resuelto á privarte de su compañía, pues me han ase-

guradó que la cediste sin la menor repugnancia á la primera insinuación del amor de mi hijo.—Sin repugnancia! exclamó el Mufti arrebatado de su dolor. ¿Yo? ¿cederla sin repugnancia! ¿Ah señora! ¿Lo ha podido creer vuestra Alteza? ¿Soy acaso capaz de tan doloroso sacrificio, yo que estoy seguro de perder la vida en el momento que pierda mi querida Elizene?— ¿Qué oigo? Respondió Axiana. ¿Qué, no admités contentó la eminente grandeza que á tu hija se la ofrece?—No señora; respondió Osman. Yo no puedo consentir jamás en separarme de mi Elizene: y si por entonces he mostrado conformarme

con la voluntad de su Alteza, ofreciéndole ponderar su amor á mi hija, bien sabe el Todopoderoso, y nuestro Gran Profeta, con quanta amargura oia mi corazon lo que me pedia, á lo que solo pude adherir con la idea de ganar algun tiempo, en que tomar medidas oportunas para evitar mi infortunio... Conozco, señora, la nobleza de vuestro corazon, para atreverme á hablarla con toda ingenuidad y pureza. He merecido de las bondades de vuestra Alteza que siempre me haya honrado con particular estimacion y aprecio; dignándose por varias veces decirme de viva voz que nunca olvidaria

mis cortos servicios: no es la recompensa de ellos el objeto de mi solicitud, porque las mercedes con que vuestra Alteza me distinguió, los tienen ya satisfechos. Toda mi esperanza está cifrada en sola vuestra generosidad. Compadeceos, señora; de un infeliz anciano, que puesto á vuestras plantas, implora el poderoso influxo de vuestra Alteza, suplicándola, le conserve en la única prenda que le queda en su Elizene el apoyo que necesita su vegez. Sírvanme; señora, de medianeros para conseguirlo; estos cabellos que la cansada edad encaneció en mi cabeza: sírvanme tambien, la consideracion de tantos hijos, y una

amada esposa, de que la muerte me privó: por estos arroyos de lágrimas con que baño vuestros pies, conservad Elizene á mi ternura. Este singular beneficio, que muy encarecidamente os suplica mi dolor, no es superior á vuestro poderoso dominio: no es este el primer triunfo que consiguió vuestra Alteza fácilmente del corazen de Ibrain: mas de una vez, habeis logrado un vencimiento de igual naturaleza. El Emperador, señora, os ama, os respeta, os debe el imperio y la vida: todas estas circunstancias le hablarán en favor de Osman, por vuestra intercesion. Conservadme, señora, á Elizene, vuelvo á suplicaros,

y no permita vuestra Alteza que yo descienda al sepulcro con el desconsuelo de haberla perdido, quando más necesitaba los socorros de sus officiosas caricias. El cielo será testigo de mi eterno reconocimiento; y quando la muerte venga á unir mis cenizas con las de mi esposa, y las de mis hijos, esclamaré arrebatado de contento: debo á mi soberana la felicidad que gocé en mis últimos dias; la divina Omnipotencia la recompense con una larga vida, en su feliz é inalterable reynado.

Habíanse convertido los ojos de este tierno padre en dos copiosos manantiales de

lágrimas, mientras pronunciaba este discurso, que no era preciso fuese tan patético y elocuente para empeñar á Axiana, en disuadir á Ibrain del amor que por Elizene habia concebido: resolvióse por su sola ambicion á emprender esta obra, apenas conoció las disposiciones del Pontífice, cuya descubierta causó en su alma un imponderable regocijo, pero quiso hacer valer en el agradecimiento del anciano, un servicio que tomaba á su cargo por su propio interes, afectando con él que trabajaria con todas sus fuerzas para conseguir un empeño, que realmente no la habia inspirado la compasion.

que la pudieron causar las angustias del afligido padre; ofreciéndole por fin, emplear toda la autoridad que la naturaleza y sus servicios la daban sobre el corazón de su hijo, para vencerlo. Tú, añadió Axiana, ofreciste al Sultán darle respuesta mañana del éxito de la comisión que encargó á tu cuidado; no dexes de cumplir tu palabra; dile, que la esclavitud del serrallo llena de terror á Elizene; que todavía no has tenido tiempo para vencer su repugnancia á la soledad; pero que esperas reducirla dentro de pocos dias mas; que su Alteza puede descuidar en tu obediencia, y en el ardiente

deseo que tienes de servirle, para conseguir persuadirla. Inmediatamente vendrás á darme cuenta de la respuesta de Ibrain, para que ella me sirva de gobierno en las medidas que deba tomar. Y no te afijas; enjuga tus lágrimas, y las de Elizene, que yo os prometo sobre mi palabra, que no vivireis separados; y para que te sea mas segura esta oferta, te concedo el honor de besar las guarniciones de mi velo (1),

(1) El singular favor de permitir besar las guarniciones de los vestidos de la Sultana, es señal de tanto honor entre los turcos, que lo tienen por una prenda muy segura del cumplimiento de sus promesas, y, por prueba de muy particular distincion,

en prenda de su certeza. Este insigne favor restableció la serenidad en el corazón del Muf-ti, que con la mayor diligencia se retiró para ir á hacer á su hija la relación de tan inesperada conferencia.

Llega Osman, en alas de su deseo, á su palacio, de vuelta del Imperial, á enlazarse en los brazos de la cara Elizene, y se abandonan entrambos al lison-gero regocijo que la ilusión de una feliz esperanza les causa-ba. Por fin, se decían mu-tuamente, la Sultana abraza ge-

como lo es el besar el hombro izquierdo del Sultan; preeminencia que solo goza por su dignidad el gran Sacerdote ó Gefe de la religión mahometana.

nerosa nuestros intereses ; es lo que podíamos desear , para no tener ya nada que temer. ¡ Oh! padre mio ! ¡ Oh mi querido padre ! añadió la hermosa doncella : vuestra respetable presencia continuará sirviéndome de apoyo para corregir mis yerros. ¿ Ya podré prometerme no dexar de estrecharos entre los brazos de mi cariñoso afecto? Mis oídos se deleytarán cada vez que los yera el dulce nombre de hija mia, pronunciado con la alagüeña voz de mi amado padre. ¿ Qué placer se puede comparar al que siente mi alma , solo con la esperanza de que jamás se apartará de vuestro lado el objeto de toda vuestra ternura ? ¡ Oh

Mahoma ! ¡ Oh Profeta santo!
 Tu divino auxilio he implorado,
 y tu mediacion alcanzó del Om-
 nipotente el socorro de mis tor-
 mentos. ¡ Qué sean mis fuerzas
 tan limitadas que no pueda
 rendirte las dignas alabanzas
 que está dictando á mi alma el
 reconocimiento, en accion de
 gracias!

En estos recíprocos colo-
 quios de contento, pasaron en-
 trambos el resto del dia, y
 la noche siguiente: mientras
 que Ibrain estaba esperando
 con impaciencia la hora de ver
 entrar á Osman, con el objeto
 de sus desasosiegos. No se le
 pasó por la imaginacion, que se
 negase Elizene á sus proposicio-

nes, y aguardaba con ansia suma, el momento de verla llegar á cumplir sus amorosos deseos. Acostumbrado á que todas las mugeres procurasen adornar con esmero sus bellezas, para aspirar al alto honor de que las eligiese, no podia presumir que hubiese una sola en todos sus vastos dominios tan desvanecida de su hermosura, que fuese capaz de resistirse á sus solicitudes. Muy recomendable le era la deseada posesion de Elizene, por la actividad de la llama en que sentia abrazar su corazon por ella, tanto mas violenta, quanto que aunque habia muchas veces gustado los placeres de la

relaxacion, nunca los habia probado sazonados con los preciosos dones del verdadero, y legítimo amor. Reconoce, por la primera vez, la dulzura de su poderosa influencia; y este nuevo estado de vasallage en que se mira, irrita mas y mas su impaciencia.

Llega por fin la hora deseada. Preséntase solo el gran Sacerdote á su Alteza, denotando en su semblante el desorden é inquietud de su espíritu. Busca con sus ojos Ibrain, al verle entrar, el objeto de su nueva llama; y llena su imaginacion de la memoria de Elizene, pregunta sin nombrarla: ¿Dónde está, Osman? ¿Dónde está?

¿ Pues cómo es que no viene contigo? ¿ No me has ofrecido traermela hoy? ¿ Me despreciará acaso? ¿ Por desgracia estará su corazón ocupado de otro amante?

La rapidez con que se atropellaban estas preguntas unas á otras, aumentó la inquietud del Mufti. Quiere hablar, y su lengua entorpecida, no halla la respuesta que debe dar. Su silencio irrita al Sultan, que fija en Osman los ojos encendidos en amenazante cólera, y vuelve á sus preguntas con nueva y mayor precipitación.

Procura recóbrar el Pontífice la serenidad de su ánimo abatido, y con él el uso de su voz,

para anunciar á su Alteza ; que la soledad del serrallo estremece de horror á Elizene : el amor con que la distingue la generosidad de su señor , añadió el anciano , y la elevacion que vuestra bondad la destina , aunque de inestimable valor para sus cortos merecimientos , no fueron suficientes para hacerla perder tan de repente el mucho aprecio que hace de su libertad ; porque en la esclarecida dignidad que se la ofrece , no vé mas que un magestuoso título de verdadera esclavitud. Algunos dias mas que de tiempo conceda vuestra Alteza , para que puedan obrar mis consejos y sus propias reflexiones , en el venci-

miento de su repugnancia, serán suficientes para reducirla. Me lisongo que no será necesario si no un corto plazo, que espero me otorgará vuestra Alteza, para hacerla conocer sus deberes.

Este inesperado discurso sepultó al Sultan en un terrible asombro, viendo frustradas sus esperanzas, en el mismo instante que imaginaba verlas con toda satisfaccion cumplidas. La irritacion de su soberbio orgullo es tanto mayor quanto considera que nunca habia hallado resistencia en sus caprichosos deseos. Transfórmase su loca passion inmediatamente en un ciego furor rabioso. Rompe el si-

lenció, con una ruidosa y tremenda voz, diciendo: ¿Quién es esa insolente esclava que se me resiste, quando yo humillo mi grandeza á su vil miseria? ¿Será capaz de creer que pueda yo sufrir con indiferencia su orgulloso menosprecio? ¿No sabe que mi autoridad tiene absoluto poder sobre ella, para mandar, como y quando quiera, hacerla venir á mi serrallo? ¿Ignora que si se obstina en la temeridad de ultrajarme, con sola una palabra, tengo suficiente para cortar el hilo de sus dias?... Y tú, Osman, trata de conducirla á la razon: te concedo, por pura, y última gracia, lo que falta de este dia, para que

la convenzas á que haga de su propia voluntad, lo que hará si no despues por fuerza; en inteligencia de que si al anochecer no te presentas con ella.... No me explicó mas: pero temblad entrambos. Marcha.

Todo trémulo el venerable anciano de horror, al considerar los males que amenazan á su querida hija, sale del quarto del Sultan, y dirige sus pasos al de Axiana. El sumo dolor que manifiesta en su aspecto el afligido pádre, tan profundamente habia alterado las facciones de su rostro, que no pudo la Sultana mirarlo sin grande emosion. Acércase Osman á su Alteza, con los brazos levantados al cie-

lo, y la dice: Ya, señora, está decidida la cruel suerte de mi hija. Ya está resuelto el Sultán á privarme, á qualquiera costa, de su compañía para siempre. Ibraim me amenaza de sacármela á viva fuerza. ¡ Ah santo Dios, que colérico furor inflamaba sus airados ojos! Es preciso que todas las furias de los abismos se hubiesen apoderado de su corazón, para sacarlo con tanto extremo fuera de sí mismo, que no me acuerdo haber visto en todo el curso de mi larga vida, un semblante tan rabioso. ¡ Ah! ¿Y qué recurso abrazaremos para libranos de su iracundo poder, que cree ultrajado? El tiempo, señora,

es, muy escaso y apurado, pues apenas me concede lo que resta de este día, para reducir á Elizene á que abrace la esclavitud del serrallo. En la palabra que vuestra Alteza se dignó ofrecerme, cifro toda mi esperanza; este es, señora, el tiempo oportuno de desempeñarla. Apesar de la violencia con que abrasa esta pasión el corazón de Ibrain, tiene vuestra Alteza, con los pasados exemplares, una prueba no equivocada de conseguir su vencimiento, sin que sea necesario emplear en ello grande esfuerzo para que el Sultan mude de dictamen á vuestra insinuación, concediendo el alivio que en el cuidado de mi Elizene necesita

mi cansada edad. Dígnese, señora, vuestra Alteza decirle que ya estoy tocando á las puertas del sepulcro: que las heridas abiertas en mi corazón, por la pérdida de una amada esposa y quince hijos, todavía no están cerradas: que de tan querida y numerosa familia, sólo me queda esta única prenda que consuele mi afligida vejez: que no sea aun mas cruel que la misma muerte, que me la dexó, para querer arebatármela con tal violencia. Añadid, señora, pues podeis hacerlo, que tanto como yo amo á Elizene, tanto ama ella á su anciano padre. No creo que Ibrain esté despojado del amor filial para dexar de cono-

...

cer hasta donde se extienden los límites de la ternura paternal: el recuerdo de estos dos naturales impulsos del alma, puede ser que sean poderosos en boca de una madre para calmar el espíritu alterado de su hijo.—Sí, respondió Axiana, voy á hablar por tí á mi hijo: y cree que ó habré perdido todo mi dominio sobre él, ó venceré su pasión. Espérame aquí, que yo misma te traeré la noticia del resultado que tenga mi tentativa. En efecto, salió la Sultana de su aposento, dexando al Mufti batallando con la incertidumbre de una cruel esperanza.

—A proporcion que reflexio-

naba Ibrain sobre su despreciado amor, se irritaba con mas violencia su rabiosa cólera. ¿Cómo es posible, se decia así mismo, que siendo señor absoluto de un vasto Imperio y poderoso para hacer temblar con el esfuerzo de mis armas el Asia, el Africa y la Europa, no tenga fuerzas para poseer una miserable esclava? ¿Limitará mi soberano poder su orgullosa resistencia? ¿Podré yo dexarme infamar con semejante afrenta? ¿Ocupo yo el trono excelso de los Otomanos (1)? ¿Será en Cons-

(1) Del nombre de Otoman, primer Emperador, y fundador del imperio de los turcos, se llaman todos Otomanos, y sus Sultanes se honran con traer su origen di-

tantinopla donde viles esclavos tengan la atrevida audacia de resistirse á las absolutas voluntades de su natural Señor? Con el desasosiego de esta inquietud, que aumenta el deseo de su rabiosa venganza, llama á Selim, gefe de sus guardias; y le dice: ten pronta para el anochecer una buena escolta, y al instante que empiece á obscurecer el dia, si la hija de Osman no hubiese entrado en mi palacio, parte sin mas dilacion á quitársela á su padre, y condúcela inmediatamente al serrallo. Cuenta

rectamente de aquel famoso fundador de la monarquía, que extendieron prodigiosamente sus sucesores.

que es una esclava que destino para primera Sultana.

Acababa de dar esta orden quando entró su madre, y al verla la dice: llegue, señora, vuestra Alteza, y sepa si es que puede creerlo, la vergüenza de que Ibrain está cubierto. Yo he visto la hija de Osman; su belleza halló en mí todo el mérito que bastó para que mi corazón quedase prendado del hechizo de sus gracias: su padre con mi orden, la dió parte del amor que sus seductores atractivos habian inspirado en mi pecho, ofreciéndola en mi nombre el elevado grado de primera Sultana, sobre todas mis mugeres, y su atrevido orgullo me

respondió con desacato que no podia admitir tan alto honor. ¿Quién es posible que crea tan insolente osadía en una vil esclava? Pero ya la tengo preparado su merecido castigo: ya tiene Selim la orden de robarla hoy mismo para traerme aquí esta temeraria hermosura, á pesar de su resistencia, de sus clamores y de los de su padre.

—¡Robarla! Respondió Axiana. Hijo mio; ¿en qué piensa vuestra Alteza? ¡Ah! ¡Guardémonos de ultrajar de ese modo al Gefe supremo de nuestra Santa Religion! Tanto como sus virtudes hicieron respetable su persona á vuestros pueblos, tanto se hace temible su dignidad por

el poderoso influxo que sobre ellos tiene. ¿Pero además de esto se habrá olvidado vuestra Alteza que jamas hubieran sido suficientes todos mis afanes para colocaros en el trono de vuestros mayores, si no me hubiesen ayudado oportunamente los auxilios de este venerable Pontífice? El veros, señor, elevado en el excelso solio Imperial, considerad que es mas bien el fruto de sus muchos desvelos que la inutilidad de mis grandes deseos. ¿Y quiere pagar vuestra Alteza tan señalados servicios con robar á su cariño una hija en quien se está mirando, y de la que es amado con extremo? ¿Es esta la

debida recompensa de los grandes méritos que tiene contraidos con los trabajosos afanes que en vuestro servicio ha sufrido, y que todavía están en deuda....? ¿Mas qué airada mutación advierto en vuestros ojos? ¿Qué significan, hijo mío, esas severas miradas? ¡Ah! Sin duda os es importuno el zelo que me inspiran los propios intereses de vuestra Alteza. No se haría tan molesto si consideraseis que sólo me mueve á él el deseo de mantener bien sentada vuestra reputación, para conservar vuestra felicidad, y aun vuestra misma vida. Tiene muy acreditado Osman, que nunca abrigó su alma generosa el menor

resquicio de desobediencia á sus Soberanos ; pero tambien es constante que la ternura con que ama á su querida hija, pesa mas en su paternal corazon que qualquiera otro respeto ; y para conservar la única reliquia que para consuelo de su vejez, le queda de una larga posteridad, no será extraño que emprenda qualquiera cosa. El pueblo y los Genízaros (1) que entrañablemente lo respetan , abrazarán su

(1) Los genízaros son muchisimos, y forman la mejor tropa de infantería turca. Gozan de muchos privilegios y exênciones. A pesar del absoluto dominio del Gran Señor , está siempre expuesto á que lo despojen estos guerreros de su autoridad , que con qualquiera motivo suelen hacerlo : el pueblo , que como bárbaro es inclinado á

causa para vengarla, creyendo servir en desagravio de su persona la Santa Religion, y marcharán de tropel hacia donde pueda dirigirlos la menor insinuacion de su voz. La historia de vuestros antepasados puede enseñar á vuestra Alteza hasta donde se desmandan las atrocidades de un pueblo como el de Constantinopla, que una vez alborotado y lleno de supersticion, rompe el freno de la debida sumision. Hijo mio, querido hijo mio, conceded á

la sedicion, se une á ellos, pensando mejorar de fortuna ; pero como siempre terminan sus alborotos con mudar de Soberrano, queda sepultado de nuevo en la misma esclavitud que ántes.

vuestra madre, y al bien de vuestro Imperio la gracia heroica de renunciar á Elizene: ofrézcame; señor, vuestra Alteza el corto sacrificio de la hija del gran Sacerdote. No me apartaré de vuestra presencia hasta que haya oído de vuestra augusta boca la promesa de dexar á Elizene en sosegada paz; para consuelo y descanso de su anciano y afligido padre. Cesa la Sultana de hablar, y se queda inmóvil esperando la resolución de su hijo.

- ¡Sordo Ibraín á la voz de la naturaleza, de la compasion y de su propio interes, ciego de una loca pasion, que hacen mas violenta los obstáculos que á ella.

se presentan, y acordándose últimamente que habian sufrido muchas veces sus amores la contradiccion de su madre: clavaba en ella los feroces ojos, y despues de mirarla muy airado por largo espacio atentamente, la dice: ¿es posible que siempre se hayan de oponer vuestros caprichos á mis gustos? ¿Es posible que siempre sea mi madre mi mas cruel enemigo? Si hasta ahora lo he podido tolerar, ya no lo quiero sufrir mas; porque se acabó ya mi paciencia. Desde este mismo instante quiero librarme de vuestro importuno y tiránico dominio: y pues tanto me oprimió por mi condescendencia, es ya tiempo de que



recobre mi entera libertad. La costumbre admitida en este Imperio, exigia que á mi elevacion al trono fuese mi madre retirada en el serrallo viejo. (1)

(1) Al subir al trono del imperio turco un nuevo Soberano manda por constitucion retirar todas las mugeres del anterior Sultan en el serrallo viejo. (Véase la nota, pág. 6.); pero esto no se entiende con la Sultana, que es madre del que toma posesion de la soberanía, pues queda con el manejo del gobierno, con el título de *Sultana valida*, que equivale al de Reyna madre, y como tal, hace su entrada pública. El autor quiso sin duda adornar este pasage, poniendo en boca de Ibrain esta alteracion de la costumbre, sin atender á que el deseo de alcanzar esta dignidad, es ordinariamente origen de las intrigas que forma la competencia de dos ó mas madres, para colocar sus hijos en el trono con preferencia.

Yo por atención á vuestra persona, no lo hice, pero mi madre me advierte lo que debí hacer entonces, y lo que debo hacer ahora...¿Ola? Guardias...

A esta voz, entra la guardia y les dice: llevad á encerrar á Axiana en el serrallo viejo. ¿Qué esperais? ¿No os atreveis? ¿Queréis que lo vuelva á decir?—Pues sí: á Axiana, á la Sultana misma.

Toda la intrepidez de esta ambiciosa muger se abatió al oír esta rigurosa orden; el temor de perder su libertad, y las riendas del gobierno, hizo en su alma tan profunda impresion, que olvidando su acostumbrado orgullo, se posttra á los pies de su hijo, abraza

sus rodillas, regándolas con sus lágrimas, y en esta humilde y abatida actitud, en que nunca se habia visto, prodiga al Sultán los nombres de Emperador, y Señor; diciéndole. Yo, Señor, soy vuestra esclava, mi libertad y mi vida estan en vuestras manos. (1) Nunca fué mi

6

(1) En la ceguera de una falsa religion llena de absurdos, que con tanto desenfreno autoriza el monstruoso exceso de la poligamia, destructora del orden de las familias, no es extraño que los sagrados vínculos de la sangre, no tengan todo su vigor entre los Turcos, porque no estando legitimados los matrimonios con la indisolubilidad de la santa ceremonia, que pide nuestra madre la Iglesia, parece que la misma naturaleza pierde sus legítimos derechos entre las familias, que en efecto estan desconocidos, ó entera-

voluntad oponerme á vuestros supremos deseos; y si mi inadvertencia cometió alguna involuntaria falta á vuestros ojos, mi corazón siempre creyó servirlos con la pureza de su inocencia: lo juro por nuestro gran Profeta y su sepulcro.

La palidéz de que se cubrió el rostro de la Sultana, sus lágrimas, súplicas y juramentos, junto á la humilde postura en que por la primera vez la mira su hijo, desarmáron en parte el colérico enojo del Sultan; hace una seña á la guardia de que se

mente amortiguados en aquellos infelices pueblos donde no hay amor de padre para hijos, y se miran como enemigos los hermanos.

retire; y volviéndose á Axiana, la dice: alzád, señora, del suelo, y no volvais á molestarme con vuestros importunos consejos: no os toméis en adelante estos inútiles cuidados, y atended solo á que no vuelvan á sonar en mi oído semejantes impertinencias, pues de lo contrario me veré obligado á... Ya me entiende vuestra Alteza. Dexad el empeño de que olvide mi amor: Elizene me ha prendado, y quiero absolutamente poseerla, y lo conseguiré hoy mismo. Al concluir estas palabras se retiró.

La rabia que se apoderó del corazón de la Sultana, enxugó repentinamente sus lágrimas; y sus ojos encendidos en cólera

despiden rayos de venganza: su alma; acometida de extraordinarios accesos de furor, jura tomarla de la afrenta con que Ibrain acababa de cubrir su altivez. ¿Quién? se decia á sí misma. ¿Yo verme postrada á sus plantas? ¿Yo bañar sus pies con mis lágrimas? ¿Yo tener precision de llamarme su esclava, para conservar mi libertad? ¿Yo que á costa de fatigas lo coloque en el solio del imperio, y que si no hubiera empleado con tanta eficacia mis desvelos, jamas lo llegaria á ocupar! ¡Así me ha humillado! ¡Hijo ingrato! Pérfido hijo; yo sabré hallar medio con que castigar tu ingratitud. Cobarde: indigno del tro-

no en que te sentáron mis afa-
nes, y que cada dia señalas con
el deshonor de alguna familia
ilustre: tú amas ciegamente á
Elizene: tú quieres conseguirla
con violenta fuerza; pues yo
juro por mí misma que no lle-
garás nunca á poseerla.

Hablando de esta manera en-
tre sí, entra en su aposento, y
sacando al Gran Sacerdote,
que en él la esperaba á un lado,
le dice: ¡Te compadezco, padre
desgraciado! Ibrain permanece
en su loca y temeraria pasión;
nada pudiéron conseguir con él
en tu favor mis súplicas, ni mis
consejos. Todos los recursos que
le facilitan su poder, pondrá en
movimiento para vencer la re-

sistencia de Elizenc. Ya tiene tomadas sus medidas, y formado el plan de tenerla hoy mismo en su poder. Selin está encargado de ir con una escolta, luego que empiece á declinar el dia, á robártela para conducirla al palacio. El único partido que á tu hija le queda que tomar, es el de una pronta fuga: que huya, y se aleje de Constantinopla, mientras tiene lugar para hacerlo, sin perder los cortos momentos que la quedan: yo la facilitaré el camino para ejecutarlo sin riesgo. Está pronta en nuestro puerto una fragata española que debe dar la vela á la caída de la tarde: vé á hablar á su capitan de mi parte, que no

dudo te atenderá, agradecido á los beneficios que de mí recibió, y como buen español, le empeñarán á recibir con benigno agrado, á mi recomendada Elizene. Dí á este generoso extranjero que la entregue con sigilo al gobernador de la Isla de Rodas: éste que me debe su fortuna, y que tú cuentas en el número de tus amigos, la tratará con los honores que requieren mis respetos y la amistad que te profesa, para tener en profundo secreto su llegada y su custodia. Bien conozco que padecerá amarga pesadumbre la ternura de tu paternal corazón en la execucion de este proyecto: ya lo sé: y así lo he previsto; pero

es preciso sufrir este corto sacrificio para evitar con él males de mayor consecuencia. Es forzoso poner á Elizene en salvo, y á cubierto de todo insulto, pues urge el tiempo al presente; que en saliendo de este aprieto, podremos pensar con reflexion y madurez en su suerte y en la tuya.

Pónese la Sultana á escribir una carta para el capitán español: y el Pontífice, á quien no le queda otro albitrio que seguir, para conservar la libertad de la querida hija, se rinde al dictámen de Axiana con tanto mayor gusto, quanto era el mismo que él se habia propuesto el día ántes; pero añade, estar resuel-

to á acompañarla en su fuga, porque dice, siendo su hija de tan tierna edad, y de tanto aprecio á su ternura, seria mucha temeridad y poca cordura exponerla sola en un viage penoso, sin el apoyo de su padre, abandonando su inexperiencia á la inconstante suerte de su infeliz destino, y concluyó asegurando, que no volverá á ver las murallas de Constantinopla, á lo ménos mientras la gobierne Ibrain.

Inmediatamente se le representan á la Sultana los deplorables efectos, que de la ausencia del Gran Sacerdote acometerán al Imperio: no ignora que el pueblo supersticioso de Constanti-

nopla ; cree que la prosperidad de la Monarquía consiste en la presencia del gefe de su religion, se creerá amenazado de grandes calamidades, en el momento que tenga noticia de su precipitada fuga: procurará inquirir los motivos que á ella le pudiéron obligar , y sí , como es consiguiente , descubre que las vexaciones de Ibrain la ocasionáron: ¿ quién será entónces capaz de contener el exceso de su fanatismo? En este caso será inevitable la ruina del Sultan , y la de su madre. En este cierto alboroto , perderán entrambos la vida sin remedio , dando lugar á que coloquen los sediciosos otro nuevo soberano en el

trono, según su costumbre. Esta triste pintura, que con tan horrendos coloridos se representa en su imaginación, la penetra de temores, que dan un nuevo impulso á su natural elocuencia, que pone en acción para persuadir á Osman, hablándole de esta manera. ¿Qué funesto proyecto es el que te propones? ¿No conoces las malas consecuencias que tu inoportuna fuga ocasionará á la ciudad? ¿Tan poco te interesa la suerte de este imperio, que puedas mirar con indiferencia los horrores de la rebelión que en él se encenderá luego que se note tu ausencia? ¿Tan odiosa te es la sangre de la familia otomana,

que desees verla. derramar por manos de un pueblo amotinado? No procuro empeñarte por mí misma, que nada tengo hecho por tí, que merezca reconocimiento; cuento por de ningún mérito el valiente esfuerzo, que tan cerca estuvo de costarme muy caro! con que abogue por tu causa á su Alteza: pero debo acordarte la obediencia que has jurado al Sultan: y sobre todo el interés que debes tomar en la tranquilidad de la Ciudad. ¿No tiene bastantes disensiones domésticas, en sí misma, con que se despedaza las entrañas, sin que se la aumenten los asesinatos y homicidios para acabar de deso-

larla? No, no Osman: consérvala el gefe de su religion en tu persona. Espero que ya que no sea por mis respetos, no niegues esta gracia; que por toda ley y razon debes á mi hijo, y á la precisa obligacion en que te pone tu dignidad, de cuidar de la conservacion y sosiego del Imperio.

La excesiva ternura con que amaba á su hija este desgraciado padre no le permitia consentir en su fuga sin acompañarla; no se hallaba con suficientes fuerzas en su corazon, para hacer sacrificio tan heroico; y dice á la Sultana. Señora, perdone vuestra Alteza, que por esta vez me niegue á sus so-

beranos preceptos : sé muy bien que no hubo hasta ahora quien se atreviese á contradecirlos; pero tampoco hubo jamás quien tuviese motivos tan poderosos para hacerlo , y es tan justo el de mi osadía , que en sí mismo lleva su disculpa. Hablo , señora, á una madre , y su corazón comprenderá fácilmente hasta donde se extienden los límites del amor paternal para conocer el grado de tormento que despedaza el mio. Me atrevo pues, señora , á decirle que no puedo menos de acompañar á mi hija. ¿Puede creer vuestra Alteza, que de repente se hubiese hecho Elizene indiferente al afecto del corazón paternal? Por que

en fin , á ménos que mi alma no se despoje de todos los sentimientos naturales que la impelen al amor de mi Elizene, ¿ cómo podía consentir en ver alejarse de mi lado esta querida prenda en tan tierna edad, sola, con tal qual belleza, y sin ninguna experiencia de mundo? Señora, estoy resuelto; me voy con ella sin remedio.—Está muy bien: respondió la Sultana, interrumpiéndole con precipitación; vete pues: acompaña la; que yo voy inmediatamente á dar parte á mi hijo de vuestra fuga, para que en ella os sorprenda. Quando en presencia del Sultan tuve atrevimiento de abrazar tu causa para defen-

der á Elizene de su poder, tuvo por recompensa mi osadía, sufrir una humillacion que nunca creí de mi hijo; pero ahora se me proporciona el medio mas eficaz de volver á recobrar su gracia por entero que perdí por intentar oponerme á su amor. Tú mismo me suministras los materiales para esta obra: y es muy justo, que pues por tí se enojó conmigo, y estuve tan cerca de perder con su confianza mi libertad, sea tambien por tí por quien me reintegre en la primera, y me afirme en la segunda. Voy á buscarlo y....

Detiénela Osman todo sobresaltado con tan rigurosa amenaza, y con una voz interrumpi-

da de repetidos sollozos la dice:
¿Qué vais á hacer, señora?
¿Cuál es vuestra idea? ¿Querrá
vuestra Alteza consumir la des-
venturada suerte de este infeliz
anciano? Ah! No señora. Ya me
rindo á vuestra soberana volun-
tad, pues no hay otro arbitrio...
Pero qué digo? Mi corazon, seño-
ra, no es capaz de tan superior es-
fuerzo... ¡En qué cruel alternativa
me pone vuestra Alteza! ¡Ah, que
duro sacrificio exige de mis dé-
biles fuerzas! pero si á él no me
rindo pierdo para siempre mi
querida Elizene.... Preciso me es
resolverme á dexarla ir sola, ó
á no volverla á ver jamas. ¡Pa-
dre desgraciado! tus pecados sin
duda, son los que castiga la jus-

ticia del cielo con tan rigurosa suerte. ¡La divina providencia prolongó el largo curso de mi vida para que con los horrores de este funesto día conozca la enormidad de mis culpas..! Sí señora... Elizene... sí... mi hija... que se vaya sola... ¡Cruel separación! ¡Quántas lágrimas costarás á mi angustiado pecho! Pero á lo ménos, señora, ¿podré contar con el permiso de hacer mi renuncia luego que halle un digno sucesor de mi suprema dignidad? Para que libre entónces de los obstáculos que ahora se me oponen, pueda correr á buscar la compañía de mi hija amada, y unir su suerte con la mia. La sola esperanza



CONSEJERIA DE CULTURA

de volver á verla quanto ántes, puede hacerme mas tolerable la amarga afliccion de tan cruel despedida.

Muy justo le pareció á la Sultana condescender con la proposicion del Pontífice: y se da interiormente el parabien de haber conseguido seducirlo á sus ideas para la seguridad del sosiego del Imperio y del suyo propio: pero como no tenia entera confianza en la debilidad de Osman, para quando viese la partida de Eizene, le sugirió su sagacidad hacerle jurar por Mahoma y por su ley, que no faltaria á su palabra por ningun motivo. Apénas lo hubo jurado, le dice: anda, vete

...

á acelerar esta dolorosa partida sin perder tiempo, pues queda muy poco para que dé la vela la embarcacion que la ha de conducir: procura no malograr los pocos momentos que nos quedan; aprovechemos esta oportuna coyuntura, pues de perderla, no nos queda otro recurso que asegure la libertad de Elizene; y será inevitable su esclavitud en el serrallo, si el descuido hace perderla.

Estaba á este tiempo Elizene batallando en su imaginacion con las fatigas que la tristeza de sus temores la causaban en la larga incertidumbre de su suerte: esperaba con suma agitación la vuelta de su padre,

para que de ella la sacase, diciéndose á sí misma: ¡Oh quanto tarda á mi impaciencia! ¿Quándo sabré lo que se decretó sobre mi destino? ¿Será preciso, si no quiero separarme de lo que mas aprecio en el mundo, que para evitar la persecucion que se me prepara, vaya á sepultarme con él en la horrible soledad de un desierto? ¿Se me permitirá vivir y morir en entera libertad en este palacio de mis mayores? ¡Oh! ¿Quándo vendrá mi padre, mi querido padre, á quitarme de estas mortales dudas?

En estas agitaciones de su espíritu, habla un rato, y se entrega otro á un melancólico silencio: con la fuerza de su ca-

bilacion , tan pronto dexa el asiento para pasearse con acelerados pasos por la estancia en que se hallaba , como de repente se detiene en medio de ella pensativa , y vuelve luego á pasearse: de suerte que en un mismo instante sufre la cruel alternativa de pasar muchas veces del reposo á la agitacion , y de la agitacion al reposo.

En medio de las grandes inquietudes que la atormentan , se entrega á la reflexion , procurando sacar de ella congeturas sobre quál será el destino de su suerte : represéntasela de improviso en su idea un cierto vislumbre de esperanza , fundada en la misma dilacion de su pa-

dre , que segun la conseqüencia que de ella sacaba , no podia ménos de serla de feliz agüero , porque se decia entre sí : si el Pontífice y la Sultana no hubiesen conseguido nada con el Sultan , hubiera venido ya el padre de una desdichada á darla la noticia de que para asegurar su libertad , no quedaba mas recurso que el de una precipitada fuga , y era consiguiente que para efectuarla con mas seguridad , no estuviese con tanto descuido perdiendo momentos tan preciosos. Si tarda en venir , es una prueba evidente de que se serenó la tormenta que nos estaba amenazando. El Altísimo se compadeció de mis lágrimas

y quiso amparar mi inocencia; entre sus sacrosantas manos tiene los corazones de los soberanos, como todos los de los demás hombres; su infinito poder habrá dirigido el de Ibrain en mi favor. Bendita sea y alabada su Divina Omnipotencia.

Al tiempo que estas lisongeras reflexiones empezaban á hacerla concebir en su alma cierto género de serenidad, con la que parecía írsela desvaneciendo de su rostro la melancólica tristeza que lo tenia eclipsado, entra Osman en su palacio todo trémulo, pálido, y tan azorado que apenas se le percibe la respiración: corre hácia Elizene, y la dice lleno de amargo dolor:

¡O mi amada y querida hija!
¡Infelices de nosotros! Ya no admite duda nuestra desgracia: ya está promulgado el decreto cruel que la confirma. El bárbaro Sultan despreció mis súplicas, y cerró los oídos á las de su madre: sin ninguna consideracion á mis cansados años, manda que te arrebaten de entre mis brazos... así lo quiere, y así lo tiene ya mandado. ¿Pero podrá acaso conseguir sin obstáculos el fruto de esta tiránica violencia? No. Todavía te queda el socorro de la fuga, para conservarte á tu padre y á tí misma. Ven, sigue mis pasos. La luz del día está próxîma á ocultarse, y la fragata Española que te díxe

ayer, va á dar la vela muy pronto: todavía nos favorece el tiempo, pues lo tenemos para ponerte en salvo: esta carta que miras, es de la Sultana, que la dirige al capitan Español, interponiendo su influxo para recomendarte con él. La puerta falsa del jardin te dará paso franco hasta el puerto sin ningun riesgo: ven aprisa; despachémonos á salir, mientras para hacerlo tenemos lugar.

A pesar de que conocia Elizene la necesidad que la obligaba á huir de una ciudad donde la esperaba eterna esclavitud, y de que no sospechaba que hubiese su padre ofrecido con juramento dexarla ir sola; con to-

do, en el instante de apartarse del lugar en que habia nacido, lugar siempre estimado, al que nos une un instinto de la misma naturaleza, y que nunca se aparta de nuestra memoria, sintió despedazársela el corazón, con un dolor tan vivo como profundo. Recorre todo el palacio con la vista, y dice llena de amargas angustias: á Dios, morada augusta, que con tanta pompa y alegría viste celebrar el dia de mi nacimiento: á Dios, apacible albergue, donde tantas veces oí la dulce voz de mi amado padre, llamarme con el tierno nombre de querida hija, y en donde yo, la última de tantos hermanos, le llamé con el

sagrado título de querido padre mio: de tí me despido, traspasada de dolor, considerando que me es forzoso dexarte, sin que me sea posible hallar remedio humano que me libre de la pena con que me aparto de tu plácido recinto, para ir á pasar léjos de tí una vida llena de infortunios: conmigo llevo, para mayor pena, las tristes memorias de tantas inocentes delicias como gocé entre tus paredes, en otro tiempo mas feliz, que llenáron mis dias de contentos é inalterables regocijos. Aquí es, ¡ó padre mío! donde repetidas veces nos ofrecimos que solo con la muerte nos separariamos. Allí fué donde mis afortunados y re-

petidos anhelos , os volviéron á la vida , que tan cerca estuvis- teis de perder al sentimiento del agudo golpe que os causó la muerte de vüestra esposa y mi querida madre. En aquella re- tirada pieza de vuestro estudio fué donde vos mismo os tomas- teis el cuidado de instruirme en la santa religion de nuestro Pro- feta, quando apénas empezaba mi balbuciente lengua á articula- lar las primeras y mal formadas palabras: allí me la explicabais para imprimir en mi tierno co- razon sus saludables preceptos: ¡ y ahora mi desventurada suerte me obliga á huir para siempre del domicilio de este palacio, que fué testigo de mis pueridos ju-

guetes! A Dios, por último, apacible morada, pues es forzoso separarnos de tí, y salir desterrados, huyendo como viles malhechores, para vivir errantes y vagabundos. Huyamos, pues, ya que así lo ordena nuestra cruel desgracia: elevemos al Señor de los Cielos nuestras súplicas para que nos acompañe y nos dirija, que yo por mi parte le tributaré eternamente repetidas gracias, porque á lo ménos me concede algun consuelo en mi infortunio, conservándome al respetable autor de mis dias, para apoyo de mi debilidad: así estaremos siempre unidos con los nudos que forman los vínculos de la sangre, que solo

la muerte los podrá romper. En este supuesto, sea qual fuere el parage donde nos conduzca la fortuna, en el mas remoto clima, en el desierto mas inhabitable, ó en la mas lóbrega caverna, me tendré por ménos desgraciada, como no me aparte de los amantes brazos de mi querido padre, para poner toda mi atencion en cuidar de su anciana y respetable edad, con el mismo esmero que tuve en Constantinopla dentro del palacio paternal.

Mudo é inmóvil se quedó Osman al oír el razonamiento de su hija: veíase obligado á disipar su lisonjero error, y no sabe cómo ni por dónde dar

principio: decirla que ha de apartarse sola de sus brazos, es atravesarla un agudo puñal en su tierno corazón. Así lo conoce el afligido padre, y sin embargo, es preciso que se arme de una dureza que desconoce. Después de algunos instantes de interior lucha entre su ternura y la necesidad de anunciarla la funesta orden, abre la boca para darla la infausta noticia, y su lengua se le queda entorpecida, y como pegada al paladar: con un profundo suspiro que el inaudito tormento que le aflige, arranca de su alma, aparta la vista de Elizene; para dar libre curso á dos copiosos arroyos de lágrimas que

con una abundancia suma salen de sus afligidos ojos. Hace nueva tentativa para dominar su dolorosa amargura ; pero este inútil esfuerzo le acaba de convencer mejor de la mucha flaqueza de su corazón. Vuelve los tristes ojos á su amada hija , la qual por su parte fixa tambien los suyos en el desfigurado rostro de su padre, y arrebatados entrambos del mismo impulso , abren al mismo tiempo los brazos , se precipitan uno en los del otro , y se quedan estrechamente unidos , confundiendo entre sí , en silencioso y amargo llanto , las lágrimas que derraman.

En esta lastimosa actitud,

estaban desahogando con el llanto el dolor de sus almas, quando se acuerda el Pontífice que se aproxima la hora de salir del puerto la fragata que debe poner á Elizene en salvo, y que la guardia del Sultan ponga en execucion las órdenes de su Soberano. Estos dos recuerdos producen en todos sus miembros un general temblor, que los baña de un sudor frio, semejante al síncope de la muerte: arráncase presuroso de los brazos de Elizene, sale de esta muda afliccion, y exclama. ¡O hija mia! ¡O mi querida Elizene! todavía no conoces el exceso de nuestra desgraciada fortuna! ¡O justo Dios y Señor mio!

¿Es posible que yo haya ofrecido á la Sultana? No; no he ofrecido nada; No; que mi alma estaba desmintiendo lo que mi boca prometía en aquel conflicto. ¿Quién? ¿Yo? ¿Yo vivir separado de mi hija? ¿Yo abandonarla sola, á la merced y discrecion de manos extrañas? Ah! antes permita el santo Profeta que se desprenda un rayo de la celeste esfera, y acabe de una vez con esta vida tan cansada de trabajos. Ven; sígueme, querida Elizene: caminemos juntos hácia el puerto, y huyamos, á pesar de mis juramentos..

¿Pero qué es lo que he dicho?

¿Qué voy á hacer? ¡Espera, Osman, espera! ¿Pues qué? el pa-

¿dre, el jefe de los verdaderos creyentes, ¿manchará su virtud con un vergonzoso perjurio? ¿Podré atropellar con tanto menosprecio el santísimo nombre del Todopoderoso, y el de su Profeta, por quien acabo de jurar no apartarme de la ciudad? ¡Cruel alternativa! Es forzoso, querida hija mia, resolverme á perderte, ó á vivir con el enorme peso de una grave culpa á los ojos del Altísimo, á quien nada se le oculta, y cubierto de afrenta á los de los hombres. Lo primero es un sacrificio que despedazará mi angustiado corazón, y acabará muy pronto mi cansada vejez; pero lo segundo es una

carga insoportable á mi virtud. No, jamas será perjuro Osman; porque no puede, ni es posible que pueda serlo. ¡O hija mia! no vayas acrecientas mi flaqueza con tus lágrimas, y con la actividad del sentimiento en que te miro oprimida: ántes bien, vírmatte de la constancia que me falta; y procura fortalecer mi decaído ánimo con tu serenidad y reflexiones: persuádate que no viviremos mucho tiempo separados: resignate á sufrir con fortaleza esta corta separacion, que solo durará el tiempo preciso para que yo busque un sugeto digno de sucederme en el supremo pontificado; y pueda entónces ha-

cer mi renúncia en la forma debida, é inmediatamente partir á buscarte para no separarnos jamas hasta la muerte.

Cesa de hablar Osman; y su hija, con todas las señales de la desesperacion, retratadas en las facciones de su rostro, corre hácia él, y asiéndose de su cuello, lo estrecha con sus brazos, que adquieren nueva fuerza, á impulsos del dolor que la agitaba. Ya no hay remedio, exclama; aquí estoy unida al querido paterno seno para siempre vos, padre mio, habeis podido muy bien ofrecer con juramento abandonarme; pero Elizene no se halla con fuerzas suficientes para seguir tan heroi-

co exemplo: si no os determinais á seguirme en mi precisa fuga, me vereis morir en vuestra presencia. Que vengan los bárbaros ministros de las voluntades de Ibraín: que vengan á arrancarme, si pueden, de entre los brazos de mi querido padre.

Al mismo tiempo que acabó Elizene de decir estas palabras, vuelve el Gran Sacerdote la cabeza, y aplicando el cuidadoso oído, siente en el patio de su palacio grande estruendo de armas, mezclado con una confusa gritería. Somos perdidos, hija mia, la dice: estos son los odiosos satélites del serrallo que vienen á poner en execucion

las órdenes del Sultan.

No se engañó Osman, que en efecto era Selim, que á la cabeza de una tropa de esclavos eunucos ostentaba su cruel inhumanidad, llenando los espacios del palacio con los ecos de sus amenazadoras voces. A proporción que se acercaba el peligroso ruido, se acrecientan la ternura y el temor del desgraciado Osman: ya no mira más que la eterna esclavitud de su amada hija, y esta funesta imágen cierra el paso de su corazón, para pararse á considerar ninguna otra cosa. Ya no le contiene el respeto del solemne juramento con que él mismo se habia obligado á no acompañar

á su Elizene: ya se resuelve á romperlo: y tomándola de la mano, la lleva tras sí, diciéndola: vamos, hija mia; vámonos á prisa, que yo te acompaño: los oscuros rodeos del jardin ocultarán nuestra huida. Empiezan á caminar aceleradamente al acabar estas palabras, procurando alejarse con la mayor diligencia de las tapias del palacio por entre las calles mas sombrías que los árboles formaban: llenábanse de sobresalto á cada paso; las hojas que movia el mas sutil vientecillo, aumentaba los temores de los dos desgraciados; al mas leve zumbido del tímido insecto que se oculta entre las yerbas, ó al menor

ruido que se les figura sentir, les parece que son los satélites de Ibrain que los siguen por sus mismas pisadas, que los alcanzan, que los cercan, y que ya están próximos á cogerlos. En esta horrorosa situacion sacan fuerzas de flaqueza, y consiguen llegar á una puerta secreta del jardin; ábrenla, salen por ella, y cobran entonces alguna esperanza de poder escaparse de tan urgente é inmediato peligro. Ya no les falta mas que atravesar un corto bosque como de cien pasos de largo para llegar al puerto. Salen de su espesura, y descubren sus ojos la bahía, y la vasta extension de la llanura del mar.

Mas ¡ó justo Dios! ¡Qué objeto de tremendo conflicto se presenta á su vista al mismo tiempo! La bandera española, enteramente desplegada, y tremolando á la voluntad del viento, la ven arbolada en la fragata que ya iba á la vela, y llevada de un rápido curso, se alejaba con velocidad de las orillas de la costa. ¡O funesta salida; cuántas lágrimas vas á costar! Abandónanlos sus fatigadas fuerzas: éntrales una general convulsion, que haciéndoles perder la firmeza de sus rodillas, caen rendidos y privados de sentido con la violencia de sus tormentos, desmayados en el suelo sin conocimiento.

Después de algunos momentos de profundo parasismo, abre el Pontífice el primero los lánguidos ojos, y ve á su hija desfigurada, con todas las pálidas muestras de un verdadero cadáver. El deseo de prestarla los cortos socorros que le permitian las circunstancias, para volverla á la vida; reanima en el anciano sus débiles y perdidas fuerzas; inclínase sobre el quasi helado cuerpo de Elizene; levántala su desfallecida cabeza entre sus brazos, para probar á animarla con el cálido soplo de su débil aliento; este calor, unido á las lágrimas con que la baña el rostro, empiezan á poner en movimiento el uso

de sus desmayados sentidos : da muestras de querer prolongar los brazos : abre con trabajo los débiles párpados de los moribundos ojos , que inmediatamente vuelve á cerrar , y dando un doloroso suspiro , dice con trémula voz , lleno su espíritu de la agitación que la causaba la violencia de su amargura , ¿ en dónde estoy ? ¿ de quién son las crueles laboriosas manos que se toman el cuidadoso trabajo de reanimar mis fuerzas para volver mi vida á los tormentos ?— Soy yo , la dice Osman ; Osman soy : conoce , ó mi querida hija , á tu padre...; Mi Padre ! respondió Elizene interrumpiéndole : ¡ á crue-

les! ¿me abreis privado para siempre hel amparo de mi padre? Ah! quitadme ántes con vuestro atroz rigor la miserable vida! ó volvedme á mi padre, ó atravesadme el pecho con vuestros desapiadados aceros.—
 ¿Elizene? dice el Pontífice, ¿hija mia? procura recobrar el uso de tu razon con el de tus sentidos: todavía no nos han hallado para separarnos; todavía gozo el consuelo de verte y tenerte entre mis brazos: abre los ojos, y reconoce en el afecto con que en ellos te estrecho, el no equivocado cariño de tu amante padre.

Los reiterados oficios del afligido anciano consiguen que en-

teramente se recobre. Elizene, para que con algun esfuerzo procure levantarse, y aunque todavía muy trémula, imprime muchas veces los ardientes labios en las respetables manos del Pontífice. Pero este, á pesar de la lastimosa conmocion que le causan las no dudosas señales del amor de la querida hija, no quiere permitirle que pierda los preciosos instantes que aun le quedan en estos naturales desahogos de su angustiado espíritu, y la dice: tenemos, hija mia, cerrados todos los caminos para salvarnos de las bárbaras manos que nos buscan: si permanecemos por mas tiempo en este descubierto

sitio, sin duda llegará á encontrarnos la tropa de Selin, que con tanto empeño debe perseguir nuestra fuga del palacio. Procurémos, pues, ocultarnos y hacer inútiles sus cuidadosas pesquisas. En este bosque hay una gruta subterránea, que solo yo sé su entrada, é ignorada de todos los demás hombres: el hallazgo que en ella me deparó la casualidad, fué un seguro asilo donde me oculté con el mayor de tus hermanos, de la rabia furiosa con que me buscaban mis enemigos miéntras duraron los últimos alborotos que agitaron este Imperio: no salí de ella hasta que conocí que ya todos los ánimos estaban sosegados.

Mas ay! ; Qué colmado hubiera sido mi contento, si como entré en esta lóbrega estancia, acompañado de mi hijo, hubiera tenido la satisfaccion de salir tambien con su compañía! Mas no fué así, que la cruel muerte vino á cortar su vital aliento entre mis mismos brazos, sin ninguna consideracion á su lozana juventud, en el mismo albergue que conservó mi débil existencia.

En esta caverna murió, sin que mis repetidos cuidados fuesen bastantes para detener un solo instante la partida de su alma á mejor vida. Con estas manos cavé la sepultura en que lo deposité; formé sobre ella un imperfecto monumento, con algu-

nas toscas piedras, que á costa de no poco trabajo, pude juntar para amontonarlas sin arte ni igualdad. Ven, hija mia: sigue mis pasos, y encaminémonos á este rústico albergue que nos defienda de uestros crueles enemigos, miéntras pasa esta borrasca: salvemos nuestra inocencia y nuestra libertad de su persecucion, miéntras llega el dia, en que con mas sosiego, podamos seguramente poner entre nosotros y Constantinopla la vasta extension de los mares. Hablando de esta manera camina llevando tras sí la hija amada, y se internan con la celeridad que les permite sus fuerzas en la espesura del bosque.

Estaba situada la gruta al pie de un elevado peñasco, cercado por todas partes con impenetrables malezas de espinosos abrojos que ocultaban á la vista mas prespicaz su angosta entrada. Con la una mano aparta el Pontífice las muchas y punzantes zarzas que con abundancia se hallaban enredadas con los abrojos, y á cada paso se le atravesaban á detener su marcha, y con la otra lleva agarrada la cara Elizene, exhortándola á que le siga sin temor para llegar quanto ántes al solitario albergue que ha de amparar por de pronto sus desgracias. Llegan por fin, á costa de penosas fatigas, á la boca de la

gruta, que por ser en extremo baxa, tuvieron que empezar á entrar por ella quasi arrastrando; pero á proporcion que se internaban, hallaban mayor anchura para caminar con mas comodidad. Entran enteramente en la caverna defensora de sus males, y se paran al lado del monumento que en su centro habia colocado Osman, siempre cubierto de espesas y continuas tinieblas. Al mirarse Elizene en medio de una obscuridad tan profunda no pudo defenderse de un movimiento de terror que la acometió, sin atreverse á desasirse de la mano de su padre, que tenia agarrada muy fuertemente con las dos

suyas: siéntanse á respirar con algún sosiego sobre las mohosas piedras que servian de base al informe monumento: á pocos instantes que empezaban á recobrar sus fuerzas con el descanso que les ofrecia el rústico asilo en que se hallaban, sienten un confuso tropel, al que prestan con atencion los oidos, y conocen que lo ocasiona Selin y sus guardias, que esparcidos por todo el bosque andaban buscando cuidadosamente la importante presa que se les habia escapado: oiales el Pontífice y Elizene decirse unos á otros, se nos escapáron, amigos; pero no puede ménos de que se oculten en la espesura de este bosque:

busquémoslos sin perdonar fatiga alguna por todo él, registrándolo con escrupulosidad. Sabia muy bien Selin á qué exeso de furor llegaria la rabiosa cólera del Sultan, quando supiese que su amada Elizene se habia huido con su padre: era Selin mucho tiempo habia el odioso ministro de los placeres de su Alteza, y rabioso de haber errado el golpe en esta ocasion, dice en alta voz á sus soldados: amigos, que no quede árbol chico ni grande sin un riguroso examen, que no quede libre de registro, quantas zarzas, abrojos, y hasta la humilde carrasca que se encuentre en todo el monte: tened presente que del buen ó

mal éxito de nuestra comision depende nuestra vida ó nuestra muerte, y el aumento de nuestras fortunas: ya conoceis por experiencia el carácter desconfiado de nuestro Soberano, y en el momento que nos presentemos, sin haber cumplido sus augustas órdenes, sospechará que todos hemos sido traidores á sus Soberanas voluntades; nos culpará de parciales en la fuga de Elizene, por habernos dexado sobornar para darla paso franco con que pudiese verificarla sin estorbos.

Conocen los eficaces guardias quanto les interesa el logro de su comision, y redoblan su vigilancia con nuevo y ma-

yor empeño á las exhortaciones del ansioso Selin, al paso que la infeliz Elizene siente á cada voz que oye aumentársela su no extinguido temor: persuádese en su imaginacion que ya penetran los esclavos del serrallo en la caverna que la oculta á sus pesquisas, y que el feroz Selin la arranca de los amantes brazos de su padre, para arrastrarla á los del Sultan; con esta lúgubre y melancólica pintura que se figura en su exáltada fantasía, se estrecha mas al que la dió el ser, y con una oprimida voz, interrumpida de infinitos sollozos, le dice: ya está inmediato, ó padre mio! el fatal momento de nuestra separa-

ción cruel. Ya llegó el último momento de mi desventurada vida: los bárbaros van á consumir nuestra desgracia, y á satisfacer su rabiosa ánsia, arrancándome de vuestro lado, y privándome de vuestra ternura para siempre: estas serán, querido padre mio, las últimas palabras que oiréis de mi boca, y estos los últimos abrazos que prodrá tributaros mi cariño: ¿no los ois acercarse? ¿no veis como se paran á la boca de la gruta? ¿No los veis cómo entran y llegan á nosotros? ¿no los veis..? ¡Ay triste! Ya no hay remedio: ya Elizene es esclava, y sus ojos no volverán á ver mas al respetable autor de sus dias, ni

sus corazones latirán ya jamas el uno contra el del otro. ¡O tú, hermano mio! Tí, cuyas cenizas reposan en este tenebroso recinto, rompe el monumento que te guarda, y ven á llevarme contigo á la feliz morada de los muertos bien aventurados, ven que me será mil veces mas suave la pérdida de una vida tan desgraciada y llena de angustias, que verme precisada á pasarla apartada de nuestro amado padre, en los horrores de una molesta y penosa esclavitud.

El abundante manantial de sus copiosas lágrimas no se agotaba mientras pronunciaba estas palabras, ni jamas las habia derramado tan ardientes, ni con

tanta rapidez, por su hermoso rostro. A cada expresion de su hija, sentia Osman despedazarse con nuevas llagas su angustiado corazon, y le ponian en la imposibilidad de prestar ningun consuelo á las crueles fatigas que á Elizene combatian: dividido entre la agitada alteracion que consumia su inquieto espíritu, y el atento cuidado que presta para distinguir el ruido que siente al rededor de la caverna, se mirá obligado á guardar un profundo y penoso silencio: le parece que por instantes se acrecienta el bullicioso tropel, y que cada vez suena mas inmediato: crecen sus amarguras con esta triste idea, y empieza á

temer como Elizene que lleguen por fin á descubrir la lóbrega estancia de su refugio. Abandónale en este conflicto toda la constancia de su alma fuerte, y se apodera de todos sus miembros un movimiento convulsivo que llena de mayores angustias á la infeliz Elizene. Siente esta palpar el alterado corazón de su padre entre sus brazos, y quanto mas parece que este movimiento intenta repelerla del seno paternal, tanto mas fuertemente se abraza con él, temiendo siempre perderle. Estas crueles amarguras, que igualmente los atormentaban, aumentándose á medida que se acercaba el grito

de los guardias, se fuéron disminuyendo á proporcion que iba cesando el motivo que las causaba: ya les parecia que se va alejando el rumor, y los dos retraidos empiezan á respirar con alguna mas confianza de evadirse del peligro que los amenazaba, pues ya no oyen ningun ruido: en efecto, despues de un largo, penoso é inútil examen, abandonan los guardias el bosque, desesperanzados de hallar en él lo que con tantas ansias buscaban. Todos van temerosos de que el Sultan los haga castigar con los suplicios mas atroces por su infructuosa diligencia; y su gefe, como mas responsable, es el que mas

teme, y este temor le entorpece, poniendo trabas á sus pasos para volver con sus soldados al palacio.

Seguíale su tropa desórdenadamente en la marcha que hacia con lentitud, todo pensativo, y sin saber por donde caminaba, quando se hallaron, sin pensarlo, en el sitio donde estuviéron desmayados Osman y su hija. Allí se ofreció á la vista de Selin, siempre atento á observar las huellas de los dos fugitivos, un turbante quasi cubierto de arena, lleno de frescas manchas de lodo, y una carta cerrada, que tenia intacto el sello de la oblea en lo alto, y en la construcción del turbante

conoció que era el que usa como distintivo de su dignidad el Gefe de la religion mahometana, y dice á su gente: este es el turbante de Mufti: sin duda los hubiéramos sorprendido, si antes hubiésemos llegado á este sitio. Examinó despues la carta con cuidadosa atencion, y las armas del sello con que está marcada, le manifiestan que es de la Sultana madre: quedóse por algunos momentos perplejo, sin saber qué conjeturas sacar de este inesperado hallazgo; pero sin embargo lo considera de feliz agüero, creyendo le sirva de mucho abono quando lo presente á su Alteza como resguardo de su infructuosa di-

ligencia. Vuelve de nuevo á mirar la carta: lee su sobrescrito, y vé con mas sorpresa que iba dirigida al capitan de la fragata española que acababa de salir del puerto. Tantos objetos reunidos le hacen creer que algun misterio encierran, y que la Sultana ha de tener inteligencia en él para poder descifrarlo; con estas congeturas se lisongea: que conseguirá así para sí mismo como para sus tropas, la indulgencia de su involuntaria falta con Ibrain; y que con la ilustracion que de ello puede sacar, tomará medidas eficaces para que no se le escape su Elizene: comunica á sus soldados su pensamiento, y cobran con

el el aliento que habian perdido, para presentarse al Sultán con mas seguridad, á cara descubierta, tomando llenos de contento, la vuelta del serrallo con acelerada presteza.

Esperaba Ibrain la llegada de Elizene con la orgullosa impaciencia que fundaba en su poder. Por fin, se decia á sí mismo, tendré á mi disposicion esta desdenosa belleza. ¿No se puede contar por muy feliz, si al corto precio de condescender con mi amor, consigue el perdon de su obstinada y criminal resistencia? Su atrevida soberbia toma por pretexto para autorizar su desprecio, las molestas soledades del serrallo, y en castigo

de este insultante desaire, cometido contra mi decoro, merecia que Ibrain, sin ninguna consideracion, la abandonase á la misma soledad, que pone por disculpa: sí, yo debiera en pena de su temeridad, hacerla acrecentar las mismas molestias que tanto dice que la asustan, para darla á conocer la obligacion en que se halla de obedecerme. Pero con tal que dexé de oponer á mis soberanas voluntades el insulto con que las ultraja, á estímulos del excesivo amor que profesa á su padre, desde el mismo momento pondré todo mi cuidado en llenar su vida de felicidades tan cumplidas como pueda desear: con mis tesoros,

y mi mayor confianza, recom-
pensaré su... Pero siento rui-
do... La voz de Selin es la que
oigo. Ya me la trae. ¡Oh! ¡Ya
se cumplieron mis deseos! ¡Ya
mis dichas estan aseguradas con
el triunfo!

Entra Selin á la presencia del
Sultan, llevando en sus manos
la carta y el turbante que la
casualidad le habia proporcio-
nado por único fruto de sus
pesquisas: mas ninguno de estos
objetos llamó la atención, ni
las miradas de Ibrain para pa-
rarse en semejantes pequeñeces.
Busca con los ansiosos ojos, por
entre las picas y las lanzas, de
que la tropa salió armada, para
ir á buscar á Elizene, y no ha-

llándola ; va á preguntar por ella á Selin ; pero éste adelantándose , se postra á las plantas de su señor ; y le dice : señor , quando llegamos al palacio del Mufti á poner en execucion los soberanos decretos de vuestra Alteza , ya se habia huido de él con su hija : procuré ver si los podiamos alcanzar ; pero para mayor cólmo de mi desgracia , fueron inútiles quántas diligencias practicamos , á efecto de descubrir las huellas de sus pisadas : y solamente hallé en la orilla del mar , á donde nos encaminamos , creyendo que por allí huían , este turbante envuelto entre la arena , y junto á él esta carta , que reconozco y respeto por de

la Sultana madre , y el otro por el del Gran Sacerdote : mi lealtad tiene el honor de presentar á vuestra Alteza ambas prendas, persuadido que servirán de instrumentos para aclarar el enigma que me confunde : ellos proporcionarán medios con que inquirir el lugar donde se oculta la altiva hermosura , que con tanto rigor avasalla vuestro corazon, para hacerle sufrir este desprecio, fomentado por su inaudita audacia.

La confusion del Sultan en este instante , es igual á la rabia que se apodera de su alma , al ver malogrado el golpe que creyó suficiente para hacerle pacífico posesor de la bella Elize-

ne. Toma en su mano la carta, guardando un iracundo silencio; á la primera ojeada conoce que la letra y las armas del sello son de Axiana, y por un secreto presentimiento de su corazón, duda leerla, sospechando con dolor, que si lo hace va á tener el cruel disgusto de hallar cómplice á su madre en la fuga de la prenda que ama con pasión tan violenta. Abre al fin la fatal carta, y lee: pero al paso que recorre con los airados ojos, encendidos en ardiente ira sus líneas, se le alteran por grados las facciones de su semblante: muda su color en horrenda palidez al cerciorarse de su contenido: la ardiente sed de la

yenganza transforma de repente su rostro en encendido y colérico furor: sus azoradas miradas estremecen á los que en su presencia estan poseidos de horribles temores, esperando sus tremendas órdenes. Vomitando furias del abismo en cada palabra, abre la rabiosa boca, y manda á sus soldados que corran á apoderarse de Axiana: sí, les dice, corred, traedla inmediatamente á la presencia de vuestro Soberano, sin escuchar sus clamores ni súplicas, ni atender sus lágrimas: andad con presteza, en inteligencia que solo os doy cortos instantes para obedecerme.... corred. Salen atropelladamente Selin y su

tropa del aposento del Sultan,
y dirigen sus precipitados pasos
al de la Sultana.

Ya se creia esta por entón-
ces libre del riesgo que te-
mió su ambicion de ver á Eli-
zene en los brazos de Ibrain:
no dudando del feliz éxito que
habia tenido su carta y trama,
se lisongeaba su corazon de ha-
ber conseguido alejar del ser-
rallo una rival que tantos cui-
dados la daba: complaciase al
mismo tiempo con interior jú-
bilo , considerando el género de
venganza con que mortificaba
la altiva pasion , que debia de-
vorar el corazon de su hijo , en
merecido castigo de la afrenta
con que aquel mismo dia ha-

bia abatido su orgullo públi-
 camente ultrajado. La fragata
 que conduce á Elizene, se des-
 cia á sí misma; ya navega á
 toda vela; y perderá de vista
 muy pronto estas costas: el
 Gran Sacerdote no puede tar-
 dar en venir á darme parte de
 la salida de su hija; Ah Ibrain;
 Ibrain! aprende á conocer los
 infinitos recursos que puede te-
 ner para vengarse tu madre de-
 sairada: yo he jurado que ja-
 mas lograrías ser poseedor tran-
 quilo de la belleza de Elizene;
 que tanto arrebató tus sentidos;
 contemplas atentamente ahora
 si soy ó no capaz de cumplir
 con exáctitud y fidelidad mis
 empeñadas palabras.

Apénas empezaba á gozar los primeros momentos del contento que la causaba la satisfaccion de creer executado su plan, como lo habia concebido su imaginacion, quando vé llenarse su aposento de guardias armados, que sin guardar ningun respeto ni consideracion, entran en él con ruidoso estrépito: las magestuosas gracias que todavía conserva el semblante de su Soberana, ni los repetidos gritos con que hace resonar las bóvedas del palacio, no fuéron bastantes para contener un solo momento la brutal insolencia de una grosera soldadesca, que se considera autorizada con la furiosa ira de su Señor para

no tener que guardar ningun género de atencion á Axiana; se apoderan de su persona, la aprisionan, y la conducen á presencia de Ibrain, mas bien á empuellones, que por su mismo pie.

El soberbio enojo que Ibrain respiraba, se encendia mas, á medida que meditaba el mal suceso de su malograda pasion: paseábase aceleradamente por su estancia, impaciente de saciar su venganza con horrenda rabia en su misma madre: encendidos los furiosos ojos en iracunda cólera, rechinando con soberbia los feroces dientes, y cerca de despedir por entre sus espumosos labios las bascas de su colérico pecho, exclama en

improperios contra la Sultana,
diciendo con su espíritu exalta-
do del frenesí que trastorna su
razón. ¡Monstruo de ingratitude!
¡Tú sola eres la causa por quien
llora mi corazón, con llanto
amargo, la pérdida de la pren-
da que adora! Sí, tú eres quien
se la arrebataste con tanta cruel-
dad: ven, pues, y verás si mi
brazo es menos cruel en tomar
la debida venganza que tu atro-
cidad merece: ven, y verás si
tu atentado es mayor que mi
soberbia. Cesa de hablar, al con-
cluir estas bárbaras palabras, y
continúa paseándose con preste-
za mas atropellada. Poco tardó
en sentir la vuelta de sus guar-
dias que traen presa á Axiana.

Desembainó un puñal, que siempre llevaba á su costado, al instante que los oyó, y con el brazo levantado, armado del agudo acero, corrió hácia la parte por donde vé venir á su madre, con la pérfida intención de ensangrentarlo en el mismo pecho que alimentó su torpe infancia. (1)

A pesar de los errores en

(1) Por poco cuidado que pongamos en examinar el no interrumpido tejido de horrores y bárbaras atrocidades de que se compone la historia del infeliz Imperio Otomano, desde los mas remotos tiempos hasta nuestros dias, nos convenceremos, de que los monstruosos absurdos de su falsa religion, los mantiene en tan ciega estupidez, que no teniendo ideas fixas para conocer el verdadero Dios, no es extraño

que una falsa religion tiene imbuídos los infelices pueblos que la siguen, no se pudo sufo- car en el corazon de Ibrain la voz de la sábia naturaleza, di- rigida por su supremo Criador; en el instante que vé á su ma- dre, una oculta é irresistible fuerza desarma su sanguinario brazo; al ver en tan humilde es- tado aquella á quien debia la vi- da y el Imperio, recobró la fuerza de la sangre todos sus derechos desconozcan tambien los deberes que la na- turaleza exige hasta de los brutos. Bendi- gamos la Divina providencia, que nos de- xó nacer en los afortunados dominios de un Monarca que se gobierna por su santa ley, libres por ella de semejantes mons- truosidades.

sobre él: quédase inmóvil y suspenso su vengativo brazo, y lleno de enojo contra sí mismo, arroja léjos de sí, corrido de vergüenza y confusion, el sangriento puñal de que estaba armado: y con una voz que manifiesta su turbacion dice: es muy justo que te obedezca. ¡ O fuerte y poderosa naturaleza! Sí; y pues que tú influxo es su medianero, y así me lo mandas, me rindo á tus inalterables preceptos, concediendo la vida á la misma que me dió la mia; pero su delito, cometido contra la magestad del Soberano de un Imperio, no puede quedar impune: y volviéndose á Axiana,

la dice, dándola la carta que le habia traído Selin. Toma, lee y confiesa que la eterna esclavitud del serrallo es demasiado clemente y suave castigo á la pena que merece tu delito... Guardias, conducirla inmediatamente al serrallo viejo. Así lo mandó, y se retira sin esperar mas respuesta de la presencia de su madre.

No se satisfizo con esta orden el furor de Ibrain, que siempre atormentado de su pasion, y de ver los repetidos obstáculos que á ella se presentaban, se propone vencerlos todos á qualquiera costa: para empezar á verificarlo, manda derramar secreta-

mente varios espías que á vista del palacio de Osman observen con vigilancia todas las acciones y pasos, así del Pontífice, como del último de sus esclavos, y les encargá le den parte inmediatamente de todas las ocurrencias que puedan conducir al logro de averiguar el secreto que con tanta ansia desea descubrir.

Encerrada ya Axiana en el cautiverio del serrallo viejo, creia su soberbia que el Gran Sacerdote la habia vendido: acusábalo de traidor amigo, diciéndose entre sí misma: ¿es posible que en tan compuesto exterior de aparente virtud, quepa tan perversa baxeza? ¡Ah cruel, que me

has engañado! ¿y cómo podía yo dexar de serlo con tus bien estudiados artificios? ¡Ah Osman, Osman! ¿cómo hubiera yo creído que caminabas de acuerdo é inteligencia con mis enemigos? ¿Quién era capaz de creer que tu doloroso sentimiento; que tus súplicas y lágrimas, fuese todo fingimiento para mortificarme de este modo? Ya conozco, por mi mal, que con tus compuestas exterioridades, solo maquinabas con cauteloso interior mi ruina, para edificar sobre ella la deseada elevacion de tu hija. Razon tienes, para lisongearte del feliz éxito de tus indignas tramas, pues que todo lo conseguiste segun te lo has

propuesto á tus ambiciosos deseos. Ya lograste ver colocada en el colmo de la suprema grandeza á tu Elizene, mientras que yo...¿pero cómo puedo acordarme, sin estremecerme, de lo que perdí por mi fragilidad en dexarme alucinar? Me veo, ¡ay triste! derribada del mas alto grado de poder, al mas profundo abismo de la desgracia, y de abatida ignominia.

La noche mas tenebrosa sucedió á un dia tan lleno de sobresaltos y sustos para nuestros dos desgraciados, que el asilo de la obscura gruta, libertó de las ansiosas diligencias con que Selin y su tropa los buscaron: empiezan en su lóbrega estan-

cia , á meditar sobre los medios que debian tomar , para verificar la salida de la caberna con precaucion , y poner en salvo su libertad , á cubierto de todo insulto. Despues de estar consultando por largo espacio. Los que mas á proposito les parecian para el caso , se desidiéron en que Osman volviese á su palacio , y se presentase en la ciudad con fingida serenidad , y sin aparien-
cia de temor ; que divulgase la voz , de que él mismo habia enviado su hija á tomar ayres fuera de Constantinopla ; y convinieron tambien , en que Elizene recibiria únicamente de mano de su padre ; todas las noches , los alimentos necesarios

...

para su subsistencia, y que mientras permaneciese Osman en la ciudad, procuraria sobornar con grandes dádivas algun capitán de qualquier barco que los llevase en secreto, con lo mas precioso de sus riquezas, y sin alboroto, á parage donde pudiesen respirar con seguridad libremente.

Concertado en estos términos, de comun acuerdo, el bien reflexionado plan, llega la triste hora de ponerlo en execucion, y en ella se les renuevan los tormentos de sus corazones al tiempo de separarse; pero era preciso someterse á la dura suerte que así lo habia dispuesto, por único recurso en tan críticas

circunstancias. Por muchas veces se apartó el Pontífice de su querida hija, para salir de la gruta, y otras tantas le hacia volver atrás sin acabar de salir la voz de su ternura; no permitiéndole abandonar en aquel solitario albergue á la querida prenda de su alma, únicamente acompañada de sus temerosas angustias y fatigas. Ocupado su oprimido corazón con estos tristes pensamientos, la dice con mal concertadas palabras: ; Oh hija mia! ; Quán doloroso me es separarme de tí, y dexarte apartada de tu padre, sola, llena de pesares y tristezas! Sí, querida Elizene, sola vas á quedar sepultada en

esta tenebrosa morada. ¡ Ah! ¡ destino cruel de los míseros mortales! ¿ Qué crímenes hemos cometido mi hija y yo, contra tu airado influxo, para que tan rigurosamente nos atormentes y persigas? Pero ¿ qué es esto? ¿ Tú lloras? ¿ Tú tiembles, Elizene, entre mis brazos? ¡ Ah, hija mia! Ten conmiseracion de mis fatigados años, y no me atormentes de ese modo: ármate de constancia, y considera que no te dexa tu padre mas que por los cortos momentos, que le son forzosos para disponer las cosas necesarias al buen éxito de nuestro concertado plan, y poder después vivir juntos en entera li-

bertad, sin separarnos hasta la muerte. Al finalizar estas palabras, mezcla sus lágrimas con las que Elizene derramaba: y haciendo un extraordinario esfuerzo, vence su flaqueza, violentando su ternura, y se arranca de los brazos de su querida hija. Sale de la gruta lleno de temblores, dirigiéndose á su palacio, en donde su presencia restituye á su familia el sosiego y alegría; que de ella se habia desterrado, con los horrores que el bárbaro Selim ostentaba en su busca, dexándolos llenos de verdadera tristeza, en la confusión de una silenciosa incertidumbre acerca de la suerte de su señor y su hija.

Al amanecer del día siguiente, al en que tantos sustos sufrieron Osman y su Elizene, atemorizado todo el pueblo de Constantinopla con la noticia que rápidamente se habia divulgado de la fuga del Gran Sacerdote, y no sabiendo su vuelta, empezó á conmoverse, reuniéndose en pelotones por las calles y plazas públicas de la ciudad, murmurando con su acostumbrada insolencia de la tiránica persecucion con que Ibrain le habia molestado, para precisarlo á escapar de entre ellos. Creia su inquieta imaginacion, como es ordinario en sus errores, que de este suceso resultaria infaliblemente

la inmediata y entera ruina del Imperio: no hay remedio, se decian por todas partes unos á otros, la consecuencia clara de la ausencia de nuestro Mufti, es que todos vamos á ser esclavos de los infieles nuestros enemigos: el Imperio Otomano se puede mirar ya, desde este desgraciado dia, como enteramente destruido y saqueado sin misericordia por la crueldad de los bárbaros; y una vez que perdió la ciudad su amparo en el Gefe de su religion, no le queda algun remedio con que precaver su seguro abatimiento.

Confirmose mas en estos imaginarios rezelos, un pueblo tan supersticiosos, como dado á

la rebelión, con un accidente muy frecuente en el regular y uniforme curso de los astros, y que parecía anunciarles visiblemente con funestos presagios las mayores calamidades. Habia padecido precisamente aquella misma noche la luna un eclipse visible de mucha duracion, y como la ignorancia tiene sepultados los estúpidos turcos en infinitos errores, tomaron este fenómeno de la naturaleza por un aviso precursor de sus infundados temores: ¡ó santo Dios! exclama el mas devoto de entre la turba, aparta por tu infinito poder de nosotros los horrores con que nos amenaza tu divina justicia: vuélvenos el amparo que

nuestra confianza funda en el jefe de la religion, para que por su medio te tributemos los sagrados cultos que te son debidos, ó permítenos tomar venganza de los ultrages que recibió su sagrada persona inocente, obligándolo á huir de la Ciudad, dexándonos confundidos su ausencia en los profundos abismos de las desgracias.

Penetra en todos los ánimos el espíritu de fanatismo, y con él acompañado el de sedicion, aumentándose á estos impulsos el horrendo tumulto, tristes efectos de una falsa religion envuelta en tenebrosos absurdos: caminan amotinados hacia la plaza del palacio Imperial, disfr-



zando su insolencia con el velo del santo zelo religioso para pedir á Ibrain les dé cuenta de la persona de su Mufti, que sacrílegas manos habian ultrajado. El rumor que empieza á consternar la Ciudad, llega á los oídos de Osman, sabe el motivo que lo ocasiona, y corre con presteza á aquietar con su presencia el bárbaro pueblo amotinado, cuidadoso de conservar la inocente sangre que en semejantes casos desgraciadamente se derrama; y lleno de zelo, á que le estimula su recto proceder, para que la persona de su Soberano no padezca el mas leve insulto, ni que sea alterada la tranquilidad del Imperio en tan funestas circuns-

tancias. Diríjese desde su palacio con la velocidad que le es posible, hácia la gran plaza del serrallo, donde ya estaba amontonada la mayor parte de la plebe: ántes de que llegue su persona, oyen su voz que los amonesta á que reconozcan la enorme falta que iban á cometer, los exhorta á someterse á la debida obediencia y respeto de su Señor, diciéndoles desde donde podian ya entenderle: ¿qué haceis, infelices? ¿A dónde vais? Esperad, que aquí teneis en mi persona vuestro Mufti, que no salió de entre vosotros, como lo habia afirmado la falsa voz, para sembrar la discordia en la Ciudad: mirad y reconoced á Osman, y

en él al gefe de vuestra religion. Corre con rapidez su voz á herir los oídos de la alborotada muchedumbre: vuelven á su respetable eco las desordenadas cabezas; y llenos de inexplicable alegría se quedan todos inmóviles con la presencia del gran Sacerdote. Aprovéchase este del sosegado silencio que en ellos observa para poner en acción su eficaz y persuasiva elocuencia, con la que procura hacerles conocer los fatales efectos de una sedición que rompe los sagrados derechos y regalías que residen en la sangre de la familia Otomana, y el respeto á ella tan debido. ¿Qué ceguedad os conduce insensatos? les dice: ¿qué

licenciosa temeridad os lleva al precipicio, infelicès? ¿qué desatinado desvanecimiento os hace creer que sois capaces de juzgar con tal audacia la conducta de vuestro Soberano, que solo pertenece al cielo? Temed que la justicia del Omnipotente Señor del Uuiverso, que desde el excelso solio del Empireo está velando continuamente sobre la vida de los reyes, que por su divina diestra tiene puestos en los tronos de la tierra, castigue la enormidad de vuestro monstruoso atentado, con las mismas y aun mayores calamidades que os sugiere, sin fundamento, vuestra imaginacion exáltada. Con el don que tiene

de persuadir, consigue humillar y abatir el temerario arrojo del fanático pueblo, haciéndole entrar en sus deberes, y que cada uno se retirase á cumplirlos, llenos de confusión y sincero arrepentimiento.

Al mismo tiempo que el generoso Osman defendia de este modo los derechos del Sultan, estaba este en el gabinete mas retirado de su palacio, donde todavía no habia llegado el rumor de los sediciosos, ni teniendo noticia del alboroto: solo sabia por los informes que le habian dado sus emisarios al amanecer de aquel dia, que el Pontífice habia vuelto á la ciudad. Esperanzado con esta nueva, de

poner en execucion sus deseos, manda á sus guardias que se apoderen del Gran Sacerdote, y le traigan preso á su presencia, proponiéndose obligarle á revelar el retiro que oculta á Elizene, ó mandar quitarle la vida si se obstina en callarlo.

Los guardias que encargados de la execucion de esta órden iban á salir del palacio, tuvieron que suspender su marcha, al ver la plaza ocupada con la inmensa multitud, que en profundo silencio escuchaba, con suma atencion, la reprehension que la voz respetable del Mufti les estaba dando. Este extraordinario espectáculo los llena de asombro y admiracion:

retroceden presurosos, y vuelven á dar parte á su Alteza de lo que habian visto, dexando con esta inesperada nueva, elada la sangre del Sultan: de tan grande sobresalto se le llenó el corazon, que en la turbacion de su vista manifestaba estar muy cerca de perder el uso de sus sentidos: creyó por algunos instantes que habia llegado la última hora de su reinado, y de su vida; mas sin embargo, juzgó muy oportuno, para retardar esta funesta catástrofe, quanto le fuese posible, dar las órdenes convenientes, á todos os cuerpos de sus tropas, encargándoles estrechamente se pudiesen sobre las armas, y en el

mejor estado de defensa. Presentaséle á este tiempo Mustafá, uno de los guardias que habian salido á prender á Osman, y dice á su Alteza: señor, quando ví tanta confusion de pueblo, procuré meterme entre él, con intencion de observar la disposicion de los ánimos, y recoger todas las circunstancias del hecho que daba motivo á su reunion. Consegui, señor, á mi satisfaccion mi intento, procurando acercarme hasta donde pudiese clara y distintamente entender la voz del Pontífice; y en efecto, le he oido defender con ardor los sagrados derechos de vuestra Alteza, ocupándose únicamente en desvanecer y

apaciguar la sedicion que en
 defensa de su dignidad habia
 levantado el pueblo: vi, señor,
 con sumo gozo, que la efica-
 cia de sus virtuosas palabras han
 conseguido lo que persuadia,
 quedando por fin, á sus instan-
 cias y preceptos, todo apaci-
 guado, y quieto el pueblo, que
 se retiró lleno de confusion y
 con muestras de arrepentido.

Serénase el sobresalto de
 Ibrain con el desvanecimiento
 del riesgo en que creyó haber
 estado su poder y su vida: pro-
 pónese caminar con mas pre-
 caucion y cordura, para no dar
 lugar á hallarse en otro pe-
 ligro como el que le habia ame-
 nazado: no obremos, pues, se

decia á sí mismo , á viva fuerza, contra la persona del Gran Sacerdote: recurramos al disimulo y á la astucia , para conseguir sin alborotos la posesion de la belleza de Elizene. Es menester, dice á Selin , que tu vigilancia nombre quantos sugetos conozcas de acreditada actividad , á propósito para expiar dia y noche en las cercanías del palacio de Osman , á fin de que no se les oculte ninguno de los pasos que dé , por ver si de este modo se puede averiguar el paradero de su hija : no desmayes en la empresa por su dificultad, ni por lo largo del tiempo que para conseguirla puedas necesitar : emplea para su lógro los

ruegos, las amenazas, y las dádivas mas quantiosas de mis tesoros: tu boca será la medida, y todo te será franqueado en el momento que lo exijas: ningun límite pongo al expendio de tus indagaciones dirigidas á descubrir este portentoso de belleza, pues en llegando á saber dónde se oculta la temeraria Elizene, no le faltarán medios á mi poder para sacarla del sitio que la guarda, y traerla á mi poder con sigilo y precaucion, á pesar suyo.

El oficioso Selin, que ponía todo su esmero en servir con eficacia y lealtad los deseos de su señor, no tardó en juntar crecido número de infames es-

pias , comprados con el oro que á manes llenas derramaba , para que observasen constantemente todas las operaciones del Mufti. Las seductoras riquezas del serallo penetraron hasta dentro del palacio de Osman , y corrompiéron los mas fieles criados de este desgraciado padre. Pero en vano observan sus palabras y acciones , porque de ellas nada pueden deducir de lo que desean. En vano estan atentos , y siguen todos sus pasos: nada les da la menor esperanza de poder aclarar las profundas tinieblas por donde caminan, porque el secreto que guarda Osman en su corazon , no lo fiama que de su ternura. No se

atreve á llevar el consuelo que la afliccion de la querida hija necesita ; si no en el tiempo en que la noche cubre con lo mas espeso de su obscuro manto la habitacion de los débiles mortales : quando toda su familia lo cree entregado al profundo sueño , y quando todos en su palacio logran en el sosegado silencio que reyna en toda su vasta extension del descanso, durmiendo descuidados , sin la pesada carga de sus muchas pesadumbres ; entónces es quando su afecto se dirige por los ocultos senderos del jardin á la caverna donde gime la angustiada Elizene , á llevarla en sus trémulas manos los alimentos que

la conserven la desgraciada vida,
para sufrir mas amarguras.

Quatro dias se habian pasado despues del de la aquietada sedicion; sin que nadie hubiese podido penetrar el secreto del retirado asilo que á Elizene ocultaba, por mas vigilancia, que para descubrirlo tenian los que en ello con tan obstinado empeño se empleaban. En el quinto supo el Pontífice que otra fragata española debia dar la vela al dia siguiente, para hacer su viage al Egipto; persuadióse Osman que le presentaba Dios por fin la ocasion que deseaba su impaciencia. Pero cómo se expondrá él mismo á ir á hablar al capitan, para implorar



el auxilio de su generosidad, en favor de dos desgraciados que lo necesitan? No dudaba su prudencia que la baxeza y la tiranía de sus contrarios hubiese dexado de comprar vigilantes ojos que estuviesen en continuo acecho de sus operaciones. Su alma indecisa no sabe cuál será el medio mas seguro de que podrá valerse para su lógro: todos los exâmina cuidadosamente, pero á ninguno se inclina, temeroso de que qualquiera es expuesto, revelando el secreto que con tanto interes reserva en su afecto pecho, á malograr su meditado intento. Llama por fin el venerable Osman al viejo Acmet, capataz antiguo de sus

esclavos, el qual, por su acreditada lealtad, habia quarenta años que tenia ganada la confianza y el aprecio de su señor. ¡ Pero ah miserable condicion de los humanos ! ¿ Quién puede contar con la fidelidad de una alma envilecida con la esclavitud ? ¡ Oh esclavitud, destructora de todas las virtudes morales, y qué degradas la misma humanidad ! Acmet fué el primero que procuró corromper á Selim con el irresistible cebo de las quantiosas dádivas que en nombre de Ibrain le ofreció para mejorar su abatida fortuna. Ya la ambicion de Acmet está resuelta á vender los intereses que su virtuoso amo deposita en él,

al aspecto de los futuros honores y riquezas, que considera ya como en su mano, á costa de sacrificar la confianza que de él hace su señor; deseoso está ya de revelar el interesante secreto, luego que llegue á penetrarlo; y á entregar al que de él se fia en manos y á discrecion de los que con tanta ánsia desean sorprehenderlo. Ya no reconoce el vil Acmet mas rectos deberes que los que le prescribe su propio interes, en la brillante perspectiva de la ocasion que se le presenta de una cercana elevacion, sin reparar en la delicadeza del modo de adquirirla: por ella está decidido á abandonar los respetos de un señor que

tantos años le distinguió con su aprecio: todo lo pospone para abrazar con empeño el servicio del nuevo amo, que con tan halagüeñas esperanzas, le ofrece mejorar su suerte, sacándolo de la humilde esclavitud en que se halla abatido, y tan generalmente despreciada.

Acude Acmet, ya traydor en el deseo, á la voz de Osman que le llama, y apenas lo ve su señor, le dice con su acostumbrada afabilidad: ó tú, que hace tantos años eres el fiel depositario de todos mis pensamientos, y que con tu constante lealtad siempre manifestaste lo grato que te ha sido mi servicio, por lo que has me-



recido toda mi confianza, con preferencia á tus compañeros; de tí me valgo para encomendarte un encargo de suma importancia, y que de ejecutarlo con sigilo, depende la felicidad de los últimos dias de la vida de tu señor. Sí, conozco la fidelidad con que desempeñaste siempre mis mandatos, para no tener ningun rezelo de depositar en tu pecho el mas precioso secreto que tengo en mas aprecio que la misma vida, y entregarme sin ninguna reserva á tu lealtad. La curiosidad del pérfido esclavo aviva sus deseos al oír este discurso, y da fomento á su esperanza, creyendo haber llegado el momento

en que su mismo amo le manifeste el arcano que él ansiaba para revelarlo, según su codicia lo había ofrecido. Figurábase en su imaginación que esto le serviría de instrumento para labrar su fortuna; y valiéndose de los auxilios que le presta el disimulo, inseparable compañero de la ambiciosa traición, disfraza con el velo del respetuoso afecto, la atrocidad que meditaba su vil corazón: para encubrir mejor su infame deseo, se postra con aparente humildad á los pies del Gran Sacerdote, que inmediatamente le hace levantar, y le dice: vé con toda presteza y precaución á buscar el capitán de la fragata española

que está en el puerto pronta á dar la vela, y dile si quiere prestarse á llevar en su bordo de pasajeros á dos desgraciados que persigue la fortuna con riguroso empeño en su patria: háblale en mi nombre, si es preciso, y declárale que Osman y Elizene son los dos infelices que esperan en su amparo el alivio de sus infortunios. La generosidad española, conocida y acreditada entre todas las naciones, me presta una confianza inalterable para poder descuidar, y poner en ella toda mi seguridad, sin temor de que mi franqueza me conduzca á ningún lance funesto. Si consigues, como creo, la respuesta favora-

ble que deseo , mañana , si el Ser supremo me lo permite , ántes que amanezca pienso embarcarme con mi hija por la parte del bosque , que linda con las tapias de mi jardin : tú estarás con cuidado para hallarte á la misma hora en el parage que te señalo con una caxita que te daré con lo mas precioso de mis alhajas , para llevarlas conmigo. No es necesario prevenirte el silencio que requiere el serio encargo que encomiendo á tu fidelidad. Vete , y no pierdas tiempo en evacuar con presteza la última diligencia que de tu actividad espero : procura desempeñarla con tu acostumbrada lealtad , que te la recom-



pensaré con tu libertad, y una parte considerable de las grandes riquezas que poseo.

Sale el traidor esclavo del palacio de su amo, y en lugar de encaminar sus pasos hácia el puerto para cumplir el encargo de su Señor, los dirige al palacio Imperial, olvidando en un instante tantos años de buenos servicios hechos en casa del jefe de su religion, por venderse al soborno de los ofrecidos honores. Da parte á Selin de los secretos que su amo le habia confiado, y éste los traslada inmediatamente á noticia del Gran Señor: quedan de acuerdo que Acmet suponga al Pontífice haber hablado al Capitan español,

que este respondió, prestándose á llevarlos de pasajeros, como lo deseaba del mensaje que le habia enviado: que en todo lo demas obedezca con puntualidad los mandatos de su Señor, para atraerlo mejor á la emboscada que se le prepara, y en ella entregarlo con Elizene en manos de Selim. Anda Acmet, le dice el Sultan, á quien Selim lo habia presentado, que desde mañana te coloco cerca de mi persona, con un distinguido empleo que recompense tu fidelidad en servirme.

Miéntas el venerable anciano esperaba la vuelta de Acmet, con la respuesta que ya suponía conforme la habia meditado, se

empleaba con sumo cuidado en examinar entre sí los sugetos que de mas acreditadas virtudes conocia, para elegir entre ellos el que por la rectitud de sus costumbres fuese mas digno de ejercer con desempeño la suprema dignidad de gefe de la Religion. Quería que su fuga no causase á los ciudadanos de Constantinopla ni al resto de los de todo el Imperio, el menor alboroto que los inquietase, porque despues de los desvelos que le ocasionaba la libertad de su querida hija, nada le tocaba tanto al alma como el sosiego y seguridad de su Soberano y de sus compatriotas, no permitiéndole la justicia que dirigia su corazon

exponerlos á los horrores de unas disensiones domésticas que los desolarían con el falso zelo religioso. Para precaver estos funestos desastres, compara en su imaginación por largo espacio la conducta religiosa y prudente, de los que en su idea había admitido á la oposición de tan sagrado cargo, y se decide á nombrar al que considera más capaz de obtenerlo, y fuese al mismo tiempo bien admitido de todo el Imperio, para sucederle en la suprema dignidad, librando de este modo á la ciudad de los temores que la infunde la ausencia del Mufti. Hecha ya con prudente madurez la elección, la pone de su misma letra por es-

crito, con la renuncia que hace en favor del elegido, proponiéndose que al momento en que su Elizene esté pronta á embarcarse, la encargará á Acmet para que de su parte la ponga en manos del electo al supremo Pontificado.

Apénas habia acabado de combinar sus disposiciones, ve venir á su traidor esclavo que lo colma de gozo con la deseada respuesta que le dá el malvado, suponiendo que el Capitan de la fragata se allana á llevarlos. ¡Mas ay! que no sospecha el afligido anciano el armado lazo que le espera para sorprehenderlo! ¡ni ménos el nuevo cúmulo de angustias á que le conduce su in-

cauta confianza, que ha de hacer bien pronto mucho mas enorme el peso de sus desgracias!

Llega la deseada noche que cree Osman la última de sus quebrantos, y quando toda la ciudad descansa generalmente en sosegado y tranquilo sueño, acaba el Pontífice de ordenar todos los preparativos para su proyectado viage; y siempre constante en cumplir sus promesas, dá por escrito á Acmet el instrumento que acredita su libertad, colmándola al mismo tiempo de ricos y considerables dones: entrégale una caxita que habia llenado con el oro y perdrería que en ella pudo acomodar, para llevarla consigo, y le

dice: vete á descansar algunas horas, querido Acmet, y acuéstate con el cuidado de hallarte ántes que amanezca á esperarme con esta preciosa caja que encomiendo á tu lealtad, en la orilla del mar, por la parte del bosque que confina con mis jardines: anda Acmet, amigo; y no te olvides nunca de un amo que quisiera poder recompensar mucho mas largamente tu mucha fidelidad para con él.

Llenáron de remordimientos estas últimas palabras el pérfido corazón del desleal esclavo, despedazado entónces con la confusión que le causaba el recuerdo de su infame alevosía; porque al hombre mas perverso

siempre le está atormentando el martillo de su conciencia, repitiéndole cada instante los horrores de los crímenes que cometió: múdasele el color con el arrepentimiento de su enorme traición, y está muy cerca de confesarla, delatándose á su amo para que evite los males que le esperan; pero en el mismo momento se le representa en toda su brillantez el halagüeño aspecto de la prosperidad que de su iniqua perfidia resulta á su ambición, y destruye en su infame pecho, el corto resto de virtud que en él habia quedado, haciendo enmudecer la vil lengua para retirarse mucho mas culpado delinqüente que ántes lo



habia sido, si es posible que pudiese serlo mas.

Con las vivas ansias que tenia Osman de ver su querida hija, sale del palacio despidiéndose de él para siempre, lleno de los mayores temblores y turbacion que en su vida habia experimentado: parecia que se le acrecentaban los temores que por tanto tiempo agitaban su espíritu, á proporcion que se le acercaba el momento de que cesase la causa de donde procedian para no tener ya mas motivo que alterase su tranquilidad. Llega á la caverna donde con el feliz suceso que creia habia tenido la comision que habia fiado á su esclavo; el ningun obstáculo que

encontró en la travesía del camino desde su palacio á la gruta, y sobre todo la presencia y las tiernas caricias de su querida hija, disipáron de su corazón la mayor parte de sus inquietudes. Cuenta Osman á su amada Elizene, ápenas se mira junto con ella, todo lo que en aquel dia habia concertado en la ciudad, para verificar en aquella misma noche su cautelosa fuga del puerto, y las demas disposiciones que dexaba tomadas para ejecutarla con todo sigilo. De aquí á tres horas, la dice, estaremos, si Dios lo permite, libres para siempre de los riesgos que nos cercáron en estos desgraciados dias de pesares. Lejos de



Constantinopla, viviremos inseparables uno del otro hasta la muerte, olvidándonos de Ibrain, y de las fatigas que su tiránico amor nos suscitó en nuestra amada patria.

Miéntas que entretenidos con la dulce esperanza que alimentaban sus almas de haber conseguido escapar á la persecucion que con tanto empeño siguió Ibrain para lograr la posesion del objeto de su amor, llega la hora de salir de la gruta á caminar ácia el sitio donde deben embarcarse : levántanse entrambos, y aplicando sus labios al fúnebre monumento que contenia las cenizas de tanto aprecio para los dos, lo abrazan col-

mando sus toscas piedras de tier-
nos ósculos, diciéndole Osman:
queridos restos de un hijo que es-
timó mi amor en mas que la
misma vida; preciosos despojos
de un hermano, dice Elizene,
que me arrebató la inexôrable
parca en el momento en que mi
cariño empezaba á conocerlo pa-
ra amarlo: recibid las últimas
lágrimas que nuestro afecto os
podrá consagrar en la firme cre-
encia que no nos será permitido
nunca mas ofrecer os otra ofren-
da. ¡O querido Mahometo! Tú
has sido, tu espíritu fué quien
nos protegió en esta tenebro-
sa morada, continúa tu officio-
sa proteccion, y pide al Altísi-
mo que no nos niegue sus divi-



nos axílios en nuestro viage: y si en el celestial paraíso de la eterna bienaventuranza, donde creo que están recompensadas tus virtudes, pueden acrecentarse las delicias que tu alma goza, permita el Todopoderoso aumentar tu inalterable felicidad, y á nosotros nos conceda que en el destierro que vamos á sufrir de nuestra querida Constantinopla, vivamos siempre sin apartarnos de su santa ley, y sosegados en la patria adonde se ha servido conducirnos para pasar la mortal vida, ocultos y confundidos en la obscuridad de nuestras ignoradas grandezas.

Besan las piedras del fúnebre monumento, y despidiéndose de

él con abundantes lágrimas, salen de la gruta, que en sus desgracias les había amparado. Representase al Pontífice, al empezar su marcha, en su inquieta memoria la catástrofe de la Sultana, y despedaza su corazón este cruel recuerdo; detiene sus pasos, y exclama: ¡Oh generosa Axiana! Tú que tan noblemente te dedicaste á proteger la libertad de mi hija para la felicidad de su padre, y que por recompensa de tan señalado servicio has conseguido verte sepultada en eterna esclavitud, sin duda me habrás tenido por traidor, culpando mi indiscrecion como móvil de tu desgracia, que crearás fraguada



por mí. Pero ¡ ah! ¡ Bien sabe el cielo que no es Osman capaz de cometer tan detestable maldad! El misterio que encierra este secreto, te debe hacer que padezcas un error, de que no me es posible sacarte, para sosegar en parte los rézelos que acaso te harán prorumpir en improperios y maldiciones contra mi inocencia : no cesará tu boca de pedir á Dios la venganza de una culpa que no cometí, juzgándome traidor é ingrato á tus beneficios. ¡ O triste memoria de los males que padece mi bienhechora! ¡ Quántas amarguras vas á mezclar con las delicias que me prometo gozar al lado de mi querida hija! Calla,

y prosigue su camino en profundo y triste silencio, hácia la parte destinada para su embarque.

Empezaba á manifestarse el resplandor del dia por la parte del oriente, que con su luz desterraba las tinieblas de la noche, obligándolas á ocultarse presurosas al aspecto del astro luminoso que da sér á todos los vivientes: ya la atenta vista podia distinguir los inmediatos objetos que á ella se presentaban, quando salieron de la espesura del bosque los dos tristes fugitivos. Miran atentamente por todas partes, si habia llegado Acmet al parage señalado de la cita, y no descubriéndolo,



creen, sin sospechar ningun revés, que este leal criado se mantendrá oculto, esperando con cuidado la llegada de su señor, para no arriesgar la acción; con estas lisonjeras ideas, caminan hácia el sitio en que lo debían encontrar: pero, ¡ ah infelices! al instante que llegan á él se ven acometidos y cercados de improviso por una tropa de esclavos mandados por el bárbaro Selim. Conociéron entonces, pero ya muy tarde, que Acmet, el infame Acmet los habia vendido y entregado en manos de sus crueles enemigos. ¿Cómo es posible que puedan volver á su gruta para amparar en ella la presente desven-

tura ? ¿Cómo podrán escaparse de las bárbaras manos que los han sorprendido? Despide Elizene un descompasado y lamentable grito, que hizo resonar en todo el cercano bosque, agarrándose desesperada al cuello de su padre, estrechándolo con un valor indecible entre sus brazos, reanimando el espíritu de Osman, que igualmente la enlaza entre los suyos. En esta lastimosa postura, capaz de enternecer los peñascos que la presenciaban, dice el afligido anciano: bárbaros, no os acerqueis á empañar la pura inocencia con vuestras sacrílegas manos: temed la justicia del cielo que me escucha, y es testigo de vuestra

perfidia, condenando esa osadía para vengarla: respetad estos cabellos, encanecidos en el supremo ejercicio de Gefe de vuestra religion: respetad una infeliz hija en los amantes brazos de su afligido padre anciano; ó si vuestro desalmado furor se obstina en atropellar todas estas consideraciones, para arrancarme la de ellos, venid sin temor y ensangrentad vuestras impuras manos en los dos; embainad vuestros afilados aceros en nuestros desgraciados pechos, y acabad de quitarnos unas vidas tan angustiadas, que nos son molestas: herid sin piedad, y haced que rindamos entrambos los últimos suspiros al rigor de

vuestros crueles golpes.

Sordos los inhumanos á toda compasion , y sin dar oidos mas que á su feroz ministerio , se arrojan sobre ámbos para desasirlos ; pero viendo la inutilidad de sus repetidos esfuerzos , por la resistencia que en ellos hallaban , creyeron que una fuerza celestial los tenia ligados con indisoluble cadena ; apoderábase mas de su imaginacion esta idea , al ver que quanto mas empeño formaban en separar el padre de la hija , mas oculto vigor encontraban que les impedia apoderarse de Elizene. Enfurecido el bárbaro Selim con tan larga obstinacion , saca la sangrienta cuchilla de la bayna , y hacien-

do deslumbrar los ojos tristes del venerable anciano, con los brillos del pulido acero, le dice con airado semblante. Viejo temerario, cede tu hija inmediatamente, ó los agudos filos de este vengador acero derribarán tu loca cabeza á mis pies; léjos de intimidar esta soberbia amenaza, ni abatir el espíritu del Pontífice, estrecha con mas ahinco á su hija entre sus brazos, y dice al feroz comandante de la perversa tropa: ya te dixé, bárbaro Selim, que hieras con tu espada el triste corazón de este atormentado padre, si querias arrancar de entre sus brazos á Elizene: sí, solo dándome la muerte lo podrás conseguir. Apenas

habia acabado de decir estas palabras quando el inhumano é impaciente Selim descarga el amenazador brazo , dando dos estocadas en el pecho al afligido Osman con la cuchilla que tenia en la cruel mano. ; Ah sacrilego ! ; no dexará la divina justicia sin castigo tu enorme atrocidad ! Salta la sangre á borbotones y mancha las ropas de la infeliz Elizene. Desmayada y corriendo por sus vestidos la preciosa sangre de su amado padre , la apartan de sus amantes brazos pálida y privada de sentido , al mismo tiempo que el Mufti cae en el suelo , á la violencia de los inhümanos golpes , desfallecidas sus cansadas



CONSEJERÍA DE CULTURA

eralife

fuerzas, y perdido el color de su rostro como verdadero moribundo. En este estado miserable lo abandonan los bárbaros guardias, é insensibles tanto á las voces de Elizene, que con la fuerza del dolor habia recobrado en algun modo sus sentidos, como á sus lágrimas, y á los dolorosos sollozos que repetian la impelian hácia el serrallo á empujones.

Todavía no habia llegado á su colmo el sentimiento de la angustiada doncella: miéntras que sus desmayados sentidos solo tenian fuerza para ver á su amado padre, aunque no conocia la mortal situacion en que sus crueles asesinos lo dexaban;

y á pesar de que procuraban alejarla de aquel sitio con violenta presteza, no apartó de él los eclipsados ojos hasta que lo perdió de vista. Arrebatada entonces del doloroso conflicto que la oprimia, exclama llena de mortales amarguras. ¡Ya te pierdo, querido padre mio!... Yo te pierdo, y vas á espirar en este instante, privado de los socorros que mis débiles manos te prodigarian. La bárbara crueldad de estos monstruos me impiden, apartándome de tí, de emplear los cuidados que mi amor y ternura te suministraría para que recuperases tu existencia. El exceso de su dolor comprime su corazón, é impide su



respiracion, sin poder dar libre curso á sus palabras que se le quedan sofocadas en el pecho: inclina en este momento sus moribundos ojos, fixándolos en sí misma, que al verse llena de la sangre que manchaba sus vestiduras, sale como fuera de sí con el contraste de angustias y fatigas que batallan en su corazon, y animando su débil voz la misma fuerza de sus agudos tormentos, exclama toda enagenada entre sollozos y gemidos. ¡Oh Dios de mi alma! ¿Qué sangre es esta de que estoy cubierta? ¡O querido padre...! tuya es... sí... tuya es... De tus preciosas venas la han hecho correr los crueles golpes de estos im-

pios. ¡O sangre adorada de mi querido padre! ¿Dónde estoi, infeliz de mí? ¡Cielo santo! ¿Qué nuevo y tremendo sobresalto hiela la sangre de mis venas? ¡Oh infeliz Elizene! ¿Cómo sufres tu desdichada vida, viéndote bañada con la preciosa sangre que animaba la de tu amante padre? ¡Ah barbaros...! el agudo dolor que la aflige sufoca su voz. Hiélasele el curso de la sangre, y cae segunda vez desmayada, quedando tan moribunda como el angustiado padre; de modo que los feroces guardias se ven precisados á detenerse para prestarla algunos auxilios con que volverla á la vida, temerosos de que la per-



diera, ántes de tener la complacencia de presentarla restablecida al Sultán su señor.

Las heridas que el anciano Osman habia recibido, no fueron por fortuna de mucho peligro; pero como la pérdida de la sangre fué muy copiosa, ha sido causa suficiente en su avanzada edad, para que quedase mas tiempo privado de sentido en el suelo donde cayó desmayado; recobró al cabo de algunos momentos sus desfallecidos sentidos, y recorriendo con su trémula vista todo el terreno que con ella podia alcanzar, da voces, llamando y preguntando por la querida hija; pero no hay cerca de sí quien le escuche para

responder á los clamores de su ternura, porque solo está cercado de objetos inanimados, sordos y mudos á sus repetidas quejas. Prueba varias veces á levantarse para seguir los pasos de la hija amada, mas era mayor su debilidad que los esfuerzos que para sostenerse hacia, y nuevamente volvía á caer rendido sobre la arena. No se abate por eso su espíritu desfallecido, ántes procurando alentarle con la memoria del amor que le arrastra tras la estimada prenda, que con tal violencia roban á su cariño, recoge todas sus debilitadas fuerzas, para dar algun auxilio á su flaqueza, y consigue verse en pie, aunque con mu-

cha debilidad , y que á pesar de que con trabajo se puede sostener , y que apénas su cansada respiracion tiene el libre curso necesario , empieza á caminar, dirigiéndose hácia el serrallo, donde su hija estaba ya muy cerca de llegar vuelta ya en sí, mas por los violentos impulsos de su desesperacion, que por la eficacia de los socorros que para ello la prestaban los desvelos de los que la conducian : camina el afligido Osman con lentos y trémulos pasos , regando con la sangre que derrama de sus heridas, las huellas que señala en el suelo que va pisando.

Poco trecho le faltaba para llegar al palacio Imperial, quan-

do Elizene entró en su gran plaza, en medio de los que la llevaban, implorando el socorro del cielo y de los hombres con lamentables gritos, pidiendo la volviesen á su padre. Los *Spahis* (a) y los *Genizaros*, que son dos cuerpos muy numerosos y lucidos de las mejores tropas del Imperio Otomano, á quienes se encarga la custodia de lo exterior del palacio del

(a) Los *Spahis* son tropa muy valiente de caballería Turca; viven con mucha comodidad y distinción á expensas de los crecidos sueldos que les da el Gran Señor; tienen muchas y comunes distinciones; y particulares segun los señalados servicios de cada uno. Tienen el particular encargo de servir como de guardia de honor de la Sultana madre, quando la hay.

Gran Señor, y que para cum-
 plir con mas exâctitud este en-
 cargo, se alojan én la misma
 anchurosa plaza del serrallo: es-
 tos dos cuerpos, que siempre in-
 fluyeron mucho en las guerras
 civiles que agitan aquel pais, ha-
 ciendo caer la balanza á la par-
 te á que su fidelidad ó descon-
 tento se inclina, se despiertan á
 los clamores de la angustiada
 Elizene, y salen de sus estancias
 á ver quien los causaba: pasa
 de unos en otros la palabra, de
 que era la hija de Osman que
 acababa de entrar en el serrallo
 conducida por una partida de es-
 clavos armados. No la pueden
 dar los valerosos guerreros nin-
 gun socorro por ser un objeto

destinado á las delicias de su Soberano, y solo la compadecen de su violentada voluntad, quando saben que infinitas bellezas se tendrian por sumamente afortunadas en conseguir un privilegio igual. Estando entretenidos en estas reflexiones, ven llegar entre ellos al Gran Sacerdote, á pesar de la mucha flaqueza que retardaba sus lentos pasos. Al ver su rostro venerable tan macilento y desfigurado, las lágrimas que derribaban sus desencaxados ojos, los desmelenados cabellos llenos de barro ensangrentado, sus vestiduras rasgadas, y bañadas con su propia sangre, que todavía ven correr por las dos he-

ridas de su pecho , y en fin todos los objetos que á la vista se les ofrece , en la persona del afligido padre , acrecienta en el corazon de los guerreros la conmocion que los lamentos de su hija les habia causado : corren todos hacia él , lo rodean , manifestando con sus compungidas miradas el interés que toman en sus quebrantos , diciéndose unos á otros llenos de confucion y espanto : ¡ O Santo Dios ! ¿ Es posible que nuestro soberano Pontífice se vea herido y maltratado de este modo , todo bañado en su propia y venerable sangre ? ¿ Quién fué el bárbaro , sacrilego , que sin temor de la divina justicia manchó sus in-

dignas manos en la sangre de una persona tan respetable? ¡O qué grandes calamidades amenazan la infeliz Ciudad y el Imperio!

El ansia con que deseaba Osman llegar quanto ántes á la presencia de Ibrain, para pedirle que le vuelva su querida hija, no le permitia detenerse á responder á las preguntas reiteradas que los guerreros le hacian, y sigue caminando por entre ellos; pero oye algunas voces que salian de entre la muchedumbre, y le decian: ¿quién fué el temerario que tuvo la osadía de traspasar tu pecho con tan sangrientas heridas? Dínoslo, que al momento correremos

á vengar tus agravios, aunque se oculte en las entrañas de la tierra, y seguirás tu marcha mientras lo executamos. Igualmente te ofrecemos, que si tu hija no está destinada para los brazos del Sultan, la pondremos en los tuyos, aun quando sea preciso para conseguirlo perder la vida en la empresa: y si las órdenes de su Alteza son las que la conducen al serrallo, emplearemos todo nuestro crédito, y los mas eficaces ruegos con el Soberano, para que la vuelva á tu ternura. Os agradezco, amigos, responde el cansado Osman, vuestros generosos ofrecimientos; y si la gravedad de mis tormentos diera lugar en mi angustiado

pecho á algun género de alivio, lo llenará de júbilo, tanto el interes que manifestais tomar en mis desgracias, como el veros tan leales á la obediencia y respeto que debemos al Gran Señor que nos gobierna: permita el soberano Dios de los cielos y la tierra, que jamas se aparten de vuestros corazones los rectos sentimientos de amor y lealtad al legitimo heredero de la Real sangre de Otoman. La que me veis derramar por estas heridas, no son las órdenes del Sultan quien la hicieron correr: como señor absoluto, solo mandó llevar á mi Elizene al serrallo; pero el bárbaro gefe de los esclavos, el impio Selim,

abusando de las facultades que le confió su señor, salió de sus límites con la crueldad que le es propia, olvidando todo respeto y consideracion, y sin escuchar mis reconvenciones me puso en el triste estado en que me veis, abandonándome á mi misma flaqueza, medio muerto en aquella soledad, despues de haber atropellado mi persona, y profanado con ferocidad el supremo carácter que en ella reside. Los muchos quebrantos que ocupan mi atormentado corazon, impiden manifestaros por ahora el reconocimiento que debo á vuestros generosos deseos. Voy á presentarme al Sultan, y le pediré en nombre y

consideracion de la sangre que derramo, la libertad de mi querida hija, y el castigo del sacrilego Selim. No dudo que mis lágrimas y mi vertida sangre lo enternezcan, para compadecer mis largos infortunios, y me concederá para aliviarlos lo uno y lo otro. Pero si la Divina providencia lo dispone de otro modo, conoceré que con esta pena castiga mis culpas en este miserable mundo, y cumpliré con acabar la desgraciada vida, sin quejarme del absoluto dominio del Soberano, á quien todos debemos venerar y obedecer. Vamos, pues, respondiéron los gefes de los guerreros, que todos te acompañaremos á la presen-

cia del Sultan, á fin de unir nuestros ruegos á tus súplicas, para que consigas tu sosiego, y tranquilizar nosotros nuestros espíritus, viendo desvanecer las calamidades que amenazan la ciudad. Al concluir este razonamiento, se dirigieron al palacio imperial acompañando al Gran Sacerdote todos los oficiales de los dos cuerpos, que entran con él hasta donde estaba Ibrain.

Habíase sentado el Gran Señor en su trono, para que S. M. impusiese mayor respeto á Elizene al tiempo de entrar en el salon regio; y léjos de procurar dulcificar la amargura en que la mira abatida, por medio de ha-

lagüeñas palabras, la mandó con toda la autoridad de su absoluto poder, que olvide á su padre, y abra su rebelde corazón á la amorosa pasión de su señor; pero viendo llegar á Osman, acompañado de los valientes gefes de sus tropas, tan maltratado, teñidas sus vestiduras con la propia sangre que salía de sus heridas, movido de indignación contra el que así lo había ultrajado, y de compasión al mismo tiempo de ver sus canas acometidas sin respeto, quédase absorto y pensativo á presenciar con atención la lamentable escena que tiene delante de sus ojos. Al alcanzar á verse los dos afligidos padre é

hija, corren el uno hácia el otro, y cada vez mas atormentada la angustiada Elizene, exclama con un tremendo grito: ¡Ay triste! ¡en qué cruel estado vuelvo á ver á mi querido y lastimado padre! ¿Te vuelvo á hallar, hija querida? respondió Osman: y volviéndose á Ibrain, le dice. Mira, ¡ó Gran Señor! mira por las ventanas que estas heridas abren en mi pecho, el corazon paternal despedazado, no á los golpes del impío Selim, sino á los repetidos que sufrió mi ternura. Mira, señor, como corre de él la sangre que te habla, pidiendo con todo rendimiento la libertad de su amada hija: oye, señor, su expresiva voz, que te

dice : vuélveme mi cara prenda, ó está seguro que la negativa terminará la vida de su anciano padre en este mismo sitio. Vuestra Alteza no conoce , señor , lo que padece el corazón de un padre que de quince hijos que algun dia consolaron sus pesares sentados todos juntos á su mesa, le queda uno solo por único alivio de su vejez, y se lo vé arrancar de entre sus brazos con violencia. No cerreis, señor, los oídos á mis ruegos. Sírvanme de medianeros , para conseguir mi súplica, mi cansada edad , y la sangre que veis correr de estas heridas, que impuras manos abrieron en mi pecho: estas ajadas canas que el tiempo envejeció en

el ministerio santo de nuestro culto, que con tanto zelo he desempeñado: la ternura con que mi corazon ama la única prenda que de tan dilatada familia le ha quedado para auxilio de la anciana edad; y por último, señor, sírvame mi suprema dignidad para inclinar vuestro corazon en mi favor: y si todos estos motivos no fuesen suficientes para conseguirlo, séalo el ver conmigo á vuestras plantas el mismo objeto de vuestro amor, sumergido en amargo llanto, y atormentada de angustias que la acabarán la vida en el momento que pierda la esperanza de vivir en compañía de su amado padre, sin que vuestra Alteza haya

conseguido mas fruto de su amorosa pasión que abreviar la existencia de dos infelices que le veneran y respetan...

No le permitió su debilidad hablar mas , y aprovechándose los guerreros de este instante, dirigen sus ruegos al Sultan en estos términos. Señor , el brazo de la divina justicia está levantado , amagando la ruina de la ciudad con la de todo el imperio , al irresistible golpe de su venganza en castigo de los ultrajes que en la venerable persona de su supremo Sacerdote cometieron sacrilegas manos: unid , señor , vuestro augusto exemplo á nuestros deseos en respetar y defender todo lo que

mire á conservar la santa religion de nuestros mayores: entreguénos, señor, vuestra Alteza al malvado que con tanta impiedad atropelló nuestro Gran Sacerdote, para que inmolando esta indigna víctima, sirva su merecido castigo de escarmiento á los perversos temerarios que en lo venidero intenten seguir sus exécrables huellas: aplaquemos, señor, el enojo del Altísimo, ofendido con hecho tan atroz, cometido contra el mismo Dios, en la sagrada persona de su supremo ministro: para conseguir desarmar su divina diestra de la justa venganza con que nos amenaza, haced el generoso sacrificio de vencer vues-

tra pasion amorosa, volviendo al anciano padre el consuelo que en su querida hija necesitan sus cansados años, acreedor por tantos titulos á este obsequio de vuestra parte. Con esta heroica accion quedará satisfecha la ofensa que irritó contra nosotros la ira del cielo, amenazando la sangre de tanta inocente víctima como perecerá sin duda por el enorme crimen de Selim. Así como Osman nos da un extraordinario exemplo de la obediencia con que debemos respetar los soberanos derechos de vuestra Alteza, dádnosle vos, señor, del amparo y defensa que la santa ley tiene en vuestro augusto brazo, y en vuestro

tro corazón. No ignorais, señor, que la santa religion exige se guarde con exáctitud el decoro de sus ministros, pues de otro modo poco podrán contar los soberanos con la lealtad de sus vasallos, porque los malos exemplos hacen que se abandonen los hombres malvados á la relaxacion, y con ella sepultan en el olvido las obligaciones que los divinos preceptos les imponen. Precaved estos males al Imperio, acreditando con restituir á Elizene á la ternura de su anciano padre el aprecio que haceis de su religiosa y suprema dignidad: nosotros harémos pública vuestra generosidad, llevándolos, como en triunfo, por

las calles públicas de la ciudad hasta su palacio; y desde ahora ofrecemos, para aplacar la divina justicia, un ayuno general, y contribuir con un cuantioso donativo para celebrar una solemne rogativa en acción de gracias al Todopoderoso, implorando de su divina clemencia la conservación de vuestra Alteza, y la del Gefe de nuestra religion, con la tranquilidad del Imperio.

La tierna actitud en que mira Ibrain á los dos afligidos; la sangre que vé correr de las heridas del venerable Osman, que mancha sus desgarradas vestiduras; la lastimosa amargura con que mira eclipsada la be-

lleza de Elizene ; y las leales súplicas de su zelosos vasallos , le llenan de confusion y remordimientos despertando en su corazon los no apagados sentimientos de humanidad: la conmocion que le causa esta compasiva escena rompe el velo que ofuscaba sus sentidos , y conoce que obró arrebatadamente contra la inmunidad de la persona del supremo Gefe de la Religion ; y no pudiendo sufrir por mas tiempo los quebrantos que habia causado al objeto de su amor ; arrepentido de las angustias que tenian abatido el anciano pádre , exclama con un doloroso suspiro que su interior inquietud arranca de su

...

alma: ¡Qué secreta influencia encierra en sí la voz de la verdad! quando mis enojos iban á á fulminar venganzas, queda con la razón suspenso é inmovil el brazo á su soberano imperio. Detesto el letargo en que he vivido. Bendito seais, Señor Soberano de los Cielos, que me habeis conservado la vida, dándome lugar de reconocer mi error para espiarlo: venero tu divino influxo, que ilumina las tinieblas que ofuscáron los ojos de mi alma.

Baxa de su trono, y manda traer á su madre con el respeto debido á su grandeza, y abrazando al Pontífice afectuosamente, le dice: Perdóname,

¡ó respetable Osman! con tu acostumbrada generosidad, los muchos tormentos y pesares que mi ciega pasión por tu virtuosa hija me hizo ocasionar á tu venerable persona: toma tu digna hija, para que en su compañía goces del consuelo que tu ancianidad necesita; y está seguro de que quando la suerte la separe de ella por la muerte, hallará en mi amparo el de otro segundo padre. Desde ahora para entónces te permito que la nombres heredera de tus muchas riquezas, así como lo es de tus heroicas virtudes, para recompensaros en algun modo los largos disgustos que por mi causa padecisteis entrambos. Empeño

igualmente mi real palabra de concederla quantas gracias me sean pedidas por su intercesion; porque aunque voluntariamente renuncio para siempre á su amor, no renuncio al afecto que eternamente la mantendré en mi pecho, como si realmente fuese mi primera Sultana; sin que jamás llegue muger alguna á ocupar el lugar que á su virtud dediqué. Solo quiero en premio de este sacrificio que hago en tu obsequio, que siempre atento de mi persona, dirijas con tus prudentes consejos mis inadvertidas faltas, para con ellos hacer la felicidad de mis pueblos. Y vosotros, valientes defensores del Imperio, tomad

á vuestro cargo el castigo del impío Selim, y sus malvados cómplices, para que sirvan de escarmiento á los que abusen con insolencia de los encargos que se les confien. Tenga el traidor Acmet la debida recompensa á su perfidia. Vuelva mi amada madre á recobrar su libertad con todas sus prerrogativas y honores. Confieso que con sus consejos procuró alejar de mí las fatales conseqüencias, que su prudencia preveía en una ciega pasion que me arrastró á tantos desaciertos, con el deseo de mantener el sosiego del Imperio.

Entra en este instante la Sultana en el regio salon donde se

representaba tan interesante escena, á ser testigo de la repentina mudanza de Ibrain, viendo con sumo regocijo los prodigiosos efectos que la razon habia obrado en él, de lo que ya estaba instruida, como de todo lo demas ocurrido. Adelántase su hijo con los brazos abiertos, á recibir en ellos á su madre, manifestando, con expresivo silencio, que buscaba en el seno maternal el olvido de los errores que reconoce: pidiéndola con humilde voz, que sus mismas manos sean las conductoras de Elizene á los brazos de su padre. ¿Quándo dexó de perdonar un corazon paternal las debilidades de un hijo que humil-



de las reconoce? Abraza afectuosamente Axiana al Sultan, diciéndole: Hijo mio, los desaciertos reconocidos, llevan en sí mismo la indulgencia. Corre hácia Elizene, y la abraza con tiernas demostraciones de cariño, á que corresponde la hija de Osman recibiendo á la Sultana con el afecto á que la estimulan el respeto y el agradecimiento; y despues de estar abrazadas algun tiempo, desahogando con lágrimas de puro gozo sus pasadas aflicciones, la coge de la mano, para conducirla á las de su padre, y le dice: Conozco ¡ó virtuoso Osman! quanto error padecí en culparte, creyéndote factor de mis desgracias: pero

pues ya quiso la divina providencia, por su infinita misericordia, serenar la borrasca de nuestras recíprocas aflicciones, démosle las gracias que le son debidas á sus inmensas bondades, olvidándonos de las pasadas angustias que todos padecemos, con las presentes satisfacciones que logramos en este feliz momento. Reconocido, y fuera de sí Osman, con el colmo de su contento, no se acuerda de sus heridas, y da cuenta á la Sultana en pocas palabras de los sucesos que habian pasado desde su última conversacion; repitiéndola su reconocimiento á las expresivas demostraciones de afecto que la merece.



Mandó Ibrain llamar á sus médicos, encargándoles con mucho cuidado la salud de Osman: atentos estos á las informaciones de los que visitaron las heridas, que las declaró por de ningún peligro, restablecieron las extenuadas fuerzas del Gran Sacerdote, debilitadas por el cansancio, y la copiosa sangre que habia derramado, con los activos específicos que le suministraron, haciendo un efecto tan maravilloso en la naturaleza del anciano, que quedó enteramente sosegada su máquina, como tranquilo su agitado espíritu, con la conseguida libertad de su cara. Elizene.

Miéntas todos los actores de

esta interesante acción desahogaban el exceso del contento que ocupaba la ternura de sus satisfechos corazones, se apoderan los Genízaros del malvado Selim, y arrastrándolo de los cabellos, lo sacan del sagrado del palacio, llevándolo del mismo modo por toda la extensión de la gran plaza, hasta hacerle perder la odiosa vida entre los mayores tormentos y desesperación, con muchos de los cómplices en su atroz atentado; espusieron sus detestables cuerpos para pasto de las fieras.

Restablecido ya Osman, mas bien con la deseada compañía de la querida hija, que con el virtuoso efecto de las medici-



nas, sale con Elizene, acompañados de Ibrain y su madre, quienes por particular distincion baxan á despedirlos hasta la misma puerta del palacio Imperial, á vista de un gentío inmenso que habia acudido á la plaza del serrallo con el rumor del hecho: confúndese tropa y pueblo con la general alegría que en todos reina, y arrebatados del exceso de su júbilo, prorrumpen en bendiciones al Altísimo, y sinceras aclamaciones, diciendo á una voz: viva nuestro Emperador Ibrain, viva nuestro gran Sacerdote Osman: y permita el todo poderoso que sus heróicas virtudes sirvan de eternos modelos á sus sucesores.

Retíranse conmovidos de tierno afecto, el Sultan y la Sultana, llenos del interior gozo que produce en las almas generosas la satisfaccion de ver executada una accion tan generalmente aplaudida : miéntras que el sumo contento de la inmensa muchedumbre, formando andas con sus entrelazados brazos, se disputaban á porfia la preferencia de quien habia de conducir en ellos al Pontífice y su hija para manifestarlos en este género de triunfo con mas comodidad á la vista de todo el dilatado concurso : así los lleváron por las calles mas principales de la ciudad, repitiendo las aclamaciones el gentío que por todas



partes se aumentaba, así en balcones como en ventanas. Eran tan repetidos los vivas por todo el tránsito, que no cesaron hasta dexarlos en la pacífica posesion de su palacio.

Atormentado el traidor Acmet con los remordimientos de su conciencia, estaba observando retirado entre la confusion que se habia juntado al merecido castigo del impío Selim; y temiéndose igual suerte, intenta ocultarse: mas su delito ponía tales trabas á sus pasos, que no sabia ni acertaba á dirigirlos con seguridad: decídese por fin á elegir para su asilo la casa del mismo, que con tanta alevosia habia sacrificado á su rabiosa am-

bicion ; acción que todavía estaba ignorada entre la familia del Mufti. Esperaba que las conocidas bondades de su Señor le perdonaría el justo castigo que su deslealtad é ingratitud estaba pidiendo de la justicia del cielo. Llega al pórtico del palacio de su amo , al mismo tiempo que éste y su hija se acercaban entre las aclamaciones que les prodigaban, los que llenos de júbilo los conducian ; y sin atreverse á articular palabra , se hecha á sus pies implorando en silencio su clemencia. Léjos de irritar á Osman la vista de su infiel esclavo , le concede á instancias de la amada Elizene su indulto con la acordada libertad.

Pero los Genízaros y el pueblo que lo ven y saben la vil alevosía que contra su Señor habia cometido, lo agarran sin escuchar las razones que el Pontífice interponia en su favor, respondiéndole que no habiendo aquel traidor respetado los deberes del agradecimiento, no era justo le valiese la poderosa influencia del supremo gefe de su religion; á quien todos veneraban. Para acreditar mejor, añaden, el respeto con que en este caso miramos su sagrada persona para vengarla de los ultrages que ha recibido, y cumpliendo con la precisa obediencia á los decretos del cielo, debemos por el mismo respeto, hacer en él un cas-

tigo exemplar para cumplir con Dios y con los hombres. Y sin ser posible detenerlos un instante, ligan al malvado por los pies; y atándole á la cola de un caballo lo llevan arrastrando por las mismas calles que habian traído á Osman, hasta que éste miserable rindió el último aliento, dexando sus despedazados miembros sembrados por las calles que pasaba, para escarmiento de ingratos traidores que olvidan su deber.

Entran por fin Osman y Elizene en su palacio á descansar de sus pasadas fatigas. Dan repetidas gracias al Todopoderoso, que con los auxilios de su poderosa asistencia los habia li-

bertado de tantos afanes y peligros; y para conservar á la posteridad la memoria de esta triste y lamentable historia, mandó el Pontífice edificar á sus espensas una casa de hospitalidad en el mismo parage en que estaba la gruta que sirvió de alvergue á su querida hija para recoger en ella á todos los peregrinos que transitasen por aquel sitio. Hizo igualmente ensanchar la angosta boca de la caverna, convirtiéndola en puerta cómoda que diese paso franco al monumento de su hijo, que mandó levantar con mas perfeccion y arte, con inscripciones que recordasen siempre sus lamentables sucesos. Impuso una cantidad considerable

para que sus réditos formasen un fondo suficiente á mantener en la hospedería por tres días y sus noches, con comodidad y aseo, á todos los peregrinos que hiciesen romerías; y para dar de comer diariamente á doce pobres vergonzantes. Tomadas todas estas disposiciones, llamó la atención de su amada hija, y la dice, no con el severo tono de reprehension, sino con el cariñoso afecto del paternal amor: Ya has visto, hija querida, los fatales efectos de una indiscrecion caprichosa; ya has observado que en todo el curso de nuestras desgracias no te menté jamas el motivo que las causó, por no aumentar esta pena mas

á tus muchas aflicciones , recor-
dándote lo que ya despues de su-
cedido no se remedia sino con
la prudencia , para enmendarlo
en lo posible. Sírvate esta lec-
cion para arreglar tu conducta
en lo sucesivo; y si algun dia
llegas á ser madre de familias
no reprehendas nunca á tus hijos
fuera de tiempo , pero procura
imprimir en sus tiernas memo-
rias , despues de la santa ley , to-
dos los pasages desgraciados de
nuestra triste historia , inclinán-
dolos con su conocimiento y tus
saludables documentos á preca-
ver y evitar las acciones que no
sean conformes con la santa re-
ligion que las dirige con recti-
tud ; pensadas con madurez y

executadas con el santo temor de Dios, que es la verdadera guía que nos debemos proponer.

F-I N.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

